



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

La discriminación laboral de la mujer en su estructura
sectorial en España: perspectiva histórica.

Women Employment discrimination in its sectoral structure in Spain:
historical perspective.

Autor

Javier Moreno Roca

Director

Dr. D. Agustín Sancho Sora

Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo

2019

ÍNDICE

Resumen	2
Abstract	2
Introducción	3
I Mujer y trabajo durante el siglo XIX hasta la guerra civil.....	5
I.1. Hacia el modelo “male breadwinner family”	5
I.2 Las respuestas desde el feminismo	8
I.3. El mercado de trabajo y los perfiles de la actividad femenina asalariada	11
I.4 Mujeres trabajadoras y sindicalismo	16
II. Mujer y trabajo durante el franquismo.....	18
II.1 Diferencias entre hombres y mujeres en el mercado laboral.....	18
II.2 Los movimientos reivindicatorios durante la primera etapa de la dictadura	19
II.3 Las primeras movilizaciones de las mujeres.....	21
II.4 Respuesta del régimen hacia los movimientos y configuración del movimiento de Comisiones Obreras.....	23
III. Desde 1975 hasta el inicio de la crisis (2008)	24
III.1 Cambios sociales y avances en cuestión de derechos.	24
III.2 Desigualdades y discriminación en materia de empleo de la mujer del Siglo XXI.	26
III.3 Economía Sumergida.	29
Conclusiones	32
Bibliografía	35

Resumen

El presente trabajo analiza el empleo femenino en España, en tres etapas históricas concretas. La primera se centra en el siglo XIX hasta 1936, seguido de la dictadura franquista y finalizando en la etapa de la transición hasta el inicio de la crisis del 2008, con la finalidad de presentar la discriminación que es objeto la mujer en el mercado laboral y en concreto la sectorial, unido a las distintas acciones reivindicatorias que sucedieron con el objetivo de conseguir mayores derechos para ellas.

Palabras clave: Discriminación, trabajo femenino, movilizaciones y derechos.

Abstract

This report analyses the women employability in Spain, along three specific historical periods. The first era is focused on the 19th century, and lasts until 1936; Then it moves ahead to Franco's dictatorship; The report ends up with the study of the period between the Transition phase until the start of the economic crisis in 2008. This research aims to show the bias against women in the labour market and especially at the county's one. This work also addresses and explains the actions whose purpose was to claim women's rights.

Keywords: discrimination, women's work, mobilizations, rights.

Introducción

A pesar de los indudables avances que han tenido las mujeres en los dos últimos siglos en el ámbito de la equiparación en los derechos civiles, políticos y laborales con respecto a los hombres, tal como señala Bibiana (Aído 2008, pág. 10), “el relato de la igualdad es un relato inacabado que debemos seguir escribiendo”. Efectivamente, la agenda del feminismo en la actualidad es una agenda global, en la que la igualdad y la paridad están entre las prioridades (Valcárcel, 2013).

En el ámbito laboral, la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo es uno de los hechos más destacados del siglo XX (Capel, 2008, pág. 31), ya que como decía (Wollstonecraft, 2018) “un empleo remunerado es la verdadera definición de independencia para cualquier ser humano”.

La actividad asalariada femenina generó un intenso debate sobre cuáles eran las funciones propias de ese sexo, así como qué perfiles de esa actividad asalariada eran los más apropiados para ellas. Así pues, la estructura sectorial del empleo femenino forma parte desde sus orígenes de la discriminación laboral de la mujer.

Este trabajo pretende presentar un estudio histórico sobre el trabajo remunerado femenino en España, en su estructura sectorial, analizando las transformaciones en los distintos periodos que se exponen más adelante, cambios que van unidos a la evolución económica y social del país, así como a la acción sindical y a la lucha de las propias mujeres por conseguir mayores derechos. En este sentido, el trabajo ha sido planteado en tres grandes bloques.

El primero de ellos, integra todo el siglo XIX hasta 1936, siendo la segregación sexual del mercado de trabajo, uno de los fenómenos más persistentes, tal y como expone (Anker, 1997) en (Boderías, 2007). El trabajo de las mujeres se hizo visible para la sociedad cuando abandonaron el encierro familiar y accedieron a las fábricas, coincidiendo con la Revolución Industrial y la aparición de la industria fabril. (Pérez, 2005).

España se incorporó tarde a la industrialización, comenzando a mediados del siglo XIX y no consolidándose hasta principios del XX. La falta de una clase burguesa socialmente uniforme y del mantenimiento excesivo de los gremios que frenaban la libre iniciativa serán dos de las causas más significativas junto a las fricciones bélicas. (Pérez, 2005).

A partir de 1839, el incipiente asociacionismo obrero se manifestó en torno al mutualismo (sociedades de socorros mutuos), el cooperativismo (sociedades cooperativas de consumo y de producción) y el sindicalismo propiamente dicho (sociedades de resistencia). La expansión del obrerismo se produjo en el bienio progresista, teniendo lugar en 1855 en Barcelona la primera huelga general de España. Con la llegada de la restauración, se estableció la condición social, política, laboral y familiar de la mujer cuya labor legislativa se prolongó en su mayor parte hasta la llegada de la II República. (Pérez, 2005)

El 14 de abril de 1931 se proclama la República en España, lo que tendrá grandes consecuencias para la historia de la mujer. Fue entonces cuando estas obtienen el derecho simbólico al sufragio (Vega, 1992).

Pero la II República no trajo consigo únicamente el sufragio femenino, sino que las mujeres consiguieron una serie de derechos como: la firma en febrero de 1932 de la Ley del Divorcio, junto a la Ley del Matrimonio Civil del 28 de junio, unido a la autorización a la mujer a ejercer la patria potestad sobre los hijos menores con su viudez (según la orden ministerial de 4 de octubre de 1933). (Carrasco, 2000)

Lamentablemente, la sublevación militar de 1936 originó una guerra civil cuyo final trajo la dictadura de Franco y con él la vuelta al pasado a un modelo tradicional de familia patriarcal donde la mujer volvía a estar subordinada al hombre. (Pérez, 2005).

El segundo bloque, comprende toda la dictadura de Franco, siendo durante esos años cuando las mujeres se vieron recluidas de nuevo en los hogares y excluidas mediante la represión personal y el trabajo, en la política y en los movimientos sociales; por la pérdida de derechos civiles y políticos. Formas colectivas,

aunque no generalizadas de exclusión, también para ellas, fueron el exilio, las cárceles o la emigración. (Pérez, 2005).

Con el avance de la dictadura, el modelo económico fue cambiando, y se comenzó a alentar al sector secundario y el sector terciario. Las mujeres seguían trabajando prácticamente en negro, pero poco a poco empezaron a hacerse visibles en el mercado laboral. Primero en profesiones feminizadas como limpiadoras, enfermeras, profesoras o trabajando en la fabricación de ropa o calzado. (González, 2014).

En cuanto a la organización en la lucha clandestina, las mujeres participaron activamente, aunque fueron los varones lo que figuraron como máximos responsables. En 1965 aparecerá el Movimiento Democrático de Mujeres, liderado por un grupo de mujeres comunistas y siendo el Partido Comunista de España, el que pilote todo el procedimiento a través de su táctica de entrar en las instituciones de la dictadura para actuar desde dentro. (Franco, 2008).

No fue hasta 1977 cuando se legalizaron los sindicatos, CCOO contó con 42 miembros, solo tres fueron mujeres, el de UGT organizado por las mismas fechas, contó con 24 personas y de ellas solo cuatro mujeres. (Franco, 2008).

Y, por último, el tercer bloque que se presenta es desde 1975 hasta el inicio de la crisis del 2008, donde el rasgo más definitorio del mercado de trabajo español (esto es, de trabajo remunerado) ha sido la internacionalización, que viene dada tanto por la influencia de las normas de la Unión Europea como por la llegada masiva de inmigrantes procedentes de otros países, especialmente de África y América Latina (como asalariados) y de países asiáticos (como comerciantes). (Heras, 2008).

La evolución expansiva del mercado de trabajo ha sido lenta y costosa, con la incorporación de trabajadores extranjeros como único rasgo destacado. En comparación con la Unión Europea, España sigue siendo un país de baja tasa de actividad femenina y elevado índice de paro. Siendo el empleo a tiempo parcial la estrategia laboral mas utilizada en nuestro país, sumado a que es seis veces superior para las mujeres en comparación con los hombres. Además de la baja actividad, otro factor negativo del mercado de trabajo español es su alto índice de temporalidad, que se traduce en precariedad y, para las mujeres, en especiales dificultades para conciliar el empleo y la maternidad. (Heras, 2008)

I Mujer y trabajo durante el siglo XIX hasta la guerra civil

I.1. Hacia el modelo “*male breadwinner family*”

Desde la antigüedad las mujeres han participado en la actividad productiva y, hasta la revolución industrial, lo hacían dentro de una economía familiar de subsistencia en una sociedad mayoritariamente agraria, pero dónde la pluriactividad era una constante dentro las tareas de las familias campesinas. Hombres, mujeres y niños/as combinaban las actividades agrarias con trabajos industriales domésticos, migraciones temporales, servicio doméstico en casas de terratenientes o hacendados (niñas o mujeres jóvenes solteras), etc. En este tipo de economía, las mujeres casadas también combinaban tareas agrarias, industriales domésticas (depende de las áreas) y las tareas del hogar. Así pues, participaban tanto en la supervivencia material de la familia, como en la administración económica del hogar y en los cuidados de los miembros de la familia. No obstante, nunca fueron reconocidas socialmente como trabajadoras, ni eran apreciadas como modelo de trabajador (Capel, 2008, pág. 37)

El siglo XVII, en Europa, se caracterizó por las guerras, crisis alimenticias y epidemias. Dentro de la familia campesina, el trabajo doméstico recaía absolutamente en la mujer, además, las encontramos realizando tareas en el campo y trabajos fuera de la propiedad familiar como temporera (en la vendimia, en la recogida de frutos, etc.) donde sus salarios solían ser siempre inferiores a los del hombre. (Vega, 1992).

Un elevado número de mujeres se formaron en los claustros. Las malas condiciones económicas de la sociedad del barroco, las dificultades de dotar convencionalmente a las hijas para un matrimonio ventajoso y las numerosas vocaciones que se despertaron a tenor de los movimientos religiosos, incrementó la demanda de mujeres para entrar en los conventos españoles. Una parte de ellas solo acudía temporalmente, mientras duraba su educación, siendo frecuente que esas niñas fueran familiares de religiosas residentes que pagaban el costo de su enseñanza y que, cuando terminaban retornaban a su hogar para casarse. Otras, en cambio, permanecieron en el convento después de dar por finalizada la enseñanza tradicional, formando un grupo de personas seglares que sin ingresar en la orden convivían con las personas de la clausura. Una gran mayoría ingresó como novicias en la orden y se sometieron a la disciplina del claustro. (López, 2007).

El siglo XVIII se caracterizó por una expansión demográfica y económica. Las ciudades crecieron y en ellas se acumulaban múltiples oficios artesanales de carácter gremial. A finales del siglo XVIII, en este modelo gremial varonil, por lo general, hubo una tendencia progresiva a la marginación institucional de las mujeres en su trabajo, siendo en muchos oficios, suplantadas por hombres. Esto no significaba que la mujer dejase de trabajar, más bien, su trabajo se hizo paulatinamente subsidiario y tuvo que realizarse al margen de los gremios. (Vega, 1992)

La ilustración, abrió una etapa de esperanzas y posibilidades ya que se estaban estableciendo las bases de la sociedad liberal del siglo XIX y se desarrollaban los principios sobre los derechos del hombre que se consideraban universales, pero que sólo entiende al individuo ciudadano desde el prototipo de varón (aunque se promueva desde la universalidad) (Reverter, 2011, págs. 121-136). Para una de las grandes figuras de la ilustración, Jean-Jacques Rousseau, El discurso de la desigualdad se torna patriarcal cuando se refiere a la desigualdad de sexo, tratada en el quinto tomo del *Emilio*, en el que la mujeres se hallan naturalmente subordinadas a los hombres (Calderón, 2005, págs. 165-177) y las que les corresponde el hogar por naturaleza. De esta manera la mujer cumple una función social, ya que posibilita la vida política del varón (Calderón, 2005, pág. 172). Igualmente, en Kant observamos el mismo tratamiento cuando declara que,

“Ahora bien: aquel que tiene derecho al voto en esta legislación se llama ciudadano, esto es ciudadano del estado, no ciudadano de la ciudad. La única cualidad exigida para ello, aparte de la cualidad natural (no ser niño ni mujer), es ésta: que sea su propio señor y, por tanto, que tenga

alguna propiedad (incluyendo en este concepto toda habilidad, oficio, arte o ciencia) que le mantenga” (Kant, 1986, pág. 34)

Se puede apreciar cómo Kant, siguiendo el ejemplo de filósofos como Rousseau, naturalizará la inferioridad femenina, y dentro de esa naturalización se excluye para las mujeres el rasgo de independencia o autonomía: “ser su propio dueño” (o dueña)

El siglo XIX, y no sin retrocesos y sobresaltos, fue consolidando el modelo sociopolítico liberal. Las conceptualizaciones de Rousseau o Kant acerca de lo que varones y mujeres tenían derecho a esperar de la política fueron decisivas para entender las claves de este siglo. Fueron las principales cabezas del siglo XIX, las que teorizaron por qué las mujeres debían estar excluidas: Hegel, Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche, estos pensadores tuvieron una indiscutible influencia en todo lo que fue la formación de los nuevos discursos científicos, el primero en abordar la conceptualización de los sexos fue Hegel, pero no fue el más influyente. En su obra *La fenomenología del espíritu* explica el porqué de los sexos: son realidades del mundo de la vida, del mundo natural, pero en la especie humana están normados. Cada uno tiene un destino distinto. El destino de las mujeres es la familia y el destino de los varones es el estado. (Valcárcel, 2008).

Así pues, observamos que frente al derecho abstracto y “natural” de la igualdad, los primeros liberalismos no fueron universalistas sino excluyentes, no sólo en función del sexo, sino también en función de la raza, renta, propiedades, independencia personal o grado “civilizatorio” (Aguado, 2005, pág. 14). Pero a diferencia del hombre que en la nueva sociedad burguesa pueden ir ganando derechos en función de los “méritos” individuales, la exclusión de todas las mujeres de la esfera pública y de la ciudadanía en función de su género se entiende como perpetua, no modificable y no contradictoria, por derivar de la naturaleza y de las diferencias “esenciales” y “naturales” entre mujeres y hombres (Aguado, 2005, pág. 14). Es por ello, que Emilia Pardo Bazán señalaba en 1890,

“La distancia social entre los dos sexos es hoy mayor que era en la España antigua, porque el hombre ha ganado derechos y franquicias que la mujer no comparte (...) Cada nueva conquista del hombre en el terreno de las libertades políticas, ahonda el abismo moral que le separa de la mujer, y hace el papel de ésta más pasivo y enigmático. Libertad de enseñanza, libertad de cultos, derecho de reunión, sufragio, parlamentarismo, sirven para que media sociedad (la masculina) gane fuerzas y actividades a expensas de la otra media femenina.” (Gómez G. , pág. 11)

Se acaba estructurando un modelo de sociedad dicotómica con varios dualismos: hombre/mujer, público/privado, trabajo/cuidado ,cultura/naturaleza...(Reverter, 2011., pág. 124)

El concepto de trabajo se relacionaba directamente con la actividad que el hombre desarrollaba fuera de la casa y las tareas desempeñadas por la mujer, se ciñeron únicamente a lo relacionado con el hogar y cuidado de los hijos. (Vega, 1992)

Con el triunfo de la sociedad burguesa, se introdujo un concepto diferente de las tareas que tenía que desarrollar la mujer. Con estas nuevas ideas aparecieron la figura de la madre “el amor maternal”. Triunfo la idea de la madre responsable, dedicada a sus hijos, lo que tuvo repercusiones profundas en la vida y condición de la mujer contemporánea. (Vega, 1992).

Eran los padres los encargados de formar a las mujeres, no sólo en los ámbitos de lectura y escritura sino en las “tareas propias del sexo”. Las madres eran las encargadas de las enseñanzas que había que transmitir y hacer cumplir a sus hijas para que, a su vez, ellas las transmitieran a sus descendientes femeninas. La casa era un espacio completamente acotado y encomendado en su funcionamiento general casi exclusivamente a mujeres. En ella aprendieron sus normas y su saber práctico. (López, 2007)

Siguiendo esa estructura binaria señalada anteriormente, en el ámbito laboral se fue instalando un modelo familiar basado en el concepto “*male breadwinner family*” (ganador de pan), que representaba una división sexual del trabajo consistente en trabajo reproductivo (cuidado del hogar y de los hijos) no remunerado como tarea femenina; y trabajo productivo remunerado como tarea masculina donde existían diferencias en tipo trabajo, funciones y salarios.

I.2 Las respuestas desde el feminismo

Es en la ilustración cuando dará comienzo del feminismo como filosofía política, aunque arrancó previamente en la filosofía barroca europea. Pero es en el siglo de las Luces cuando toma su primer impulso. Ese siglo, inauguró como polémica la igualdad de ingenio y trato para las mujeres. (Valcárcel, 2008).

El siglo XVIII, que es el origen de nuestro mundo de ideas, de gran parte de nuestro marco institucional y de bastantes modos de vista actuales, es también la fuente de nuestro horizonte político e incluso del horizonte de reformas sociales y morales en el que todavía estamos viviendo. (Valcárcel, 2008).

Durante este siglo ya se habla de feminismo y se puede definir como un pensamiento político típicamente ilustrado: en el contexto de desarrollo de la filosofía política moderna, el feminismo surge como la más grande y profunda corrección al primitivo democristiano. Según (Valcárcel, 2008), no es un discurso de la excelencia, sino un discurso de la igualdad que articula la polémica en torno a esta categoría política.

La primera etapa del feminismo de feminismo dura más de un siglo (Valcárcel, 2013)¹. Tiene su primer gran precedente en la época barroca europea, en Poullain de la Barre, un cartesiano que escribió *De la igualdad de los dos sexos* (1673). Esta obra inspiraría un movimiento de mujeres aristocráticas conocido como “Las Preciosas” que representaba un intento de las mujeres de participar activamente en la cultura, a través de la literatura., el periodismo y la elaboración de lenguas del lenguaje correcto (Puleo, 1996). Surgen mujeres desde el ámbito aristocrático, como la marquesa Madame Lambert (1647-1733) que lamentaba la esclavitud y la degradación a que se han reducido las mujeres.

En el siglo XVIII, en pleno debate ilustrado, el subdirector de la “Enciclopedia” D’Alembert polemizó con Rousseau sobre si los derechos que desde la “Enciclopedia” se propugnaban debían extenderse a las mujeres, de lo que D’Alembert era partidario.

En Francia, en plena etapa revolucionaria, en 1790, el marqués de Condorcet presentó un proyecto de ley ante la Asamblea Nacional de ciudadanía para las mujeres que fue rechazado. (Puleo, 1996).

Olimpia de Gouges, pensadora feminista y antiesclavista, basándose en las Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, elaboró una Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana. La defensa de estos principios le llevó a la guillotina en noviembre de 1793. Otras mujeres llevaron el mismo camino por defender los derechos de las mujeres, como Madame Roland. Mujeres revolucionarias jacobinas como Pauline Léon y Claire Lacombe fueron también reprimidas y utilizadas de pretexto al gobierno revolucionario, para prohibir todos los clubes femeninos. En 1793 la Convención Nacional prohibió los clubes de mujeres.

En Inglaterra, se encuentra recogida la obra de Wollstonecraft (1792) *Vindicación*, exponiendo un alegato pormenorizado contra la exclusión de las mujeres del campo completo de bienes y derechos que diseña la teoría política Rousseauiana, escrito durante la Revolución Francesa.

En el caso español, puede considerarse al padre Feijoo como pionero de la lucha por el reconocimiento de la igualdad y de los derechos de las mujeres, al rebatir en los años centrales del siglo XVIII la opinión generalizada de infravalorar la inteligencia femenina que, con tanta pertinacia habían defendido los escritores del barroco. La causa para Benito Feijoo extraído de (López, 2007), no fue otra que:

“Hombres fueron los que escribieron esos libros en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si las mujeres hubiesen escrito, nosotros quedaríamos por debajo”.

¹ Denominada por esta autora como primera “ola” de feminismo

Su defensa de la capacidad intelectual de la mujer se centró en dos núcleos argumentales: el primer caso no hacía sino acudir a los brillantes ejemplos de mujeres que nos proporciona la historia y en el segundo caso aludía al encierro milenario que impidió y dificultó su formación integral. Es decir, para Benito Feijoo la culpa de la marginación secular que padeció la mujer no era sino la consecuencia de una cultura de cuño masculino que la especializó en los trabajos menos gratificantes y que no la dejó desempeñar todos aquellos, intelectuales o sociales, donde podía manifestar su talento. Por tanto, para él como para otros ilustrados, no había, sino que variar esa conducta, permitiendo la educación de la mujer para que pudiera manifestar su capacidad intelectual. (López, 2007).

Otra figura para destacar fue la de Josefa Amar y Borbón, miembro de la Sociedad Económica Aragonesa, siendo una de las mujeres ilustradas que más persiguió la educación de la mujer como medio de progreso de la noción y escribió varios libros *-Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres y Discurso en defensa del talento de la mujer*, en 1790 y 1787, respectivamente-. Sin embargo, sus planteamientos no trascendieron más allá del utilitarismo de las paredes del hogar, pues propugnó la educación de la mujer como medio de estar más unida al marido, al que se le puede y debe aconsejar, y ayudar mejor, si se es una persona instaurada. (López, 2007)

A mediados del siglo XIX, el año 1848, se caracterizó por las numerosas agitaciones y manifiestos que se sucedieron. Suele recordarse el manifiesto comunista y prestarse menos atención a la declaración de Seneca Falls. En este año; setenta mujeres y treinta varones de diversos movimientos y asociaciones políticas de talante liberal, se reunieron en el Hall de Seneca y firmaron lo que llamaron “Declaración de Sentimientos”. El modelo de declaración de Seneca era la declaración de independencia, consta de doce decisiones e incluye dos grandes apartados: de un lado, las exigencias para alcanzar la ciudadanía civil para las mujeres, y por otro, los principios que deben modificar las costumbres y la moral. (Valcárcel, 2008).

E. Cady y L. Mott, comenzaron la declaración de Seneca, formaban la punta de lanza de lo que llegó a conocerse como movimiento sufragista. (Valcárcel, 2008). El sufragismo fue un movimiento de agitación internacional, presente en todas las sociedades industriales, que tomó dos objetivos concretos: el derecho a voto y los derechos educativos. (Valcárcel, 2008).

El movimiento sufragista propició la generación de estructuras de carácter internacional como la Internacional Woman Suffrage Alliance (IWSA) , fundada en 1904 en Berlín y la Internacional Council of Women (ICW), fundada en 1888 (Nielfa, 1999, pág. 64). A principios de siglo habían obtenido el voto en Nueva Zelanda, Australia del Oeste y el Sur y en algunos Estados de EE. UU. Antes de la Primera Guerra Mundial en Finlandia y Noruega. Al inicio de la guerra en Dinamarca e Islandia. En la mayoría de los regímenes liberales y parlamentarios seguía existiendo una discriminación política en lo que se refiere a las mujeres, aunque entre la primera y segunda guerra mundial cada vez en más países se introducía el derecho a voto femenino. En España en 1931, con las primeras cortes republicanas, tal como veremos en el siguiente apartado.

Dos mujeres dieron lustre al siglo XIX español desde la perspectiva de género: Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán. Ambas combatieron todo tipo de tesis que supusieran desigualdad, y ambas dedicaron su escritura, entre otras actividades, a poner en cuestión ese modelo de mujer que la Restauración había establecido, y que era realmente el de un ser marginado, a quien había que ayudar, estimular y representar educándolo en la dignidad de su propia condición. (Bosh, 2007).

Estas dos mujeres respondieron a las circunstancias históricas que vivieron; la fuerte influencia de la iglesia católica, sobre todo en el caso de Concepción Arenal, que le impidió trascender las limitaciones de su entorno en su pensamiento político y social. Era constante en la defensa del voto femenino, porque en su opinión “la política no iba bien con la “delicadeza” de la mujer; y sin embargo el voto supone la posibilidad de acceso al ejercicio del poder político y en consecuencia participar en la reformad e las leyes.”

Doña Emilia, sin embargo, se definía en torno a 1915 como “radical feminista”, y se mostró partidaria de que la mujer debía tener los mismos derechos que los hombres, y en esta primera década de los años veinte del pasado siglo, doña Emilia se refería a derechos políticos. (Bosh, 2007).

I.3. El mercado de trabajo y los perfiles de la actividad femenina asalariada

A pesar del modelo dual señalado que representaba la división sexual del trabajo, la realidad cotidiana mostraba que la mayoría de las mujeres de la clase trabajadora industrial (al igual que en el campo) tenían que trabajar, ya que un solo jornal no llegaba para la subsistencia básica de una familia trabajadora media (Capel, 2008, pág. 38). Por otro lado, los bajos costes de la mano de obra femenina y los elevados beneficios que representaba, demandaban dicha mano de obra. También desempeñaron un papel relevante el hecho de que mujeres y niños constituían una fuerza de trabajo, que se consideraba más colaborativa y, por lo tanto, más apropiada para aplicar cambios tecnológicos y de carácter organizativo. El ideal burgués de “ángel del hogar” convivía con la presencia de muchas mujeres en la esfera productiva (Capel, 2008, pág. 38).

La industrialización tuvo un fuerte impacto sobre el empleo femenino que se manifestó en una creciente salarización femenina y, por lo tanto, en una mayor dependencia del trabajo por cuenta ajena, lo que sin duda afectaría al estatus social de las mujeres. Esta situación llevó a plantear una adecuación entre feminidad y trabajo asalariado y desarrollar un debate a lo largo del XIX y principio del XX, no sólo sobre la legitimidad o no del trabajo femenino, sino también de cómo éste afectaría a la naturaleza femenina y cuáles podían ser los empleos más adecuados para las mujeres. En cualquier caso, en este periodo el empleo de las mujeres se va a entender como secundario, transitorio y limitado respecto a sus opciones profesionales, respetando de esta manera la jerarquía social de los sexos (Capel, 2008, pág. 40).

A pesar de los cambios producidos por la industrialización, durante gran parte del siglo XIX, existía todavía muchas continuidades con etapas anteriores, tal como se muestran en las siguientes páginas, como la importancia que mantiene todavía la producción doméstica o la contratación que siguen haciendo familias completas como unidades de trabajo (Capel, 2008, pág. 36), máxime en países como España que llevaban un cierto desfase cronológico respecto a otros países del entorno europeo.

España fue en el siglo XIX un país de industrialización lenta; su desarrollo industrial no fue comparable con el de otros países europeos, como expone Jordi Nadal en su obra *El fracaso de la industrialización en España, 1841-1913*. Existió una conciencia generalizada de que prosperidad y educación iban unidas, y de que el rendimiento de la industria y el comercio exigían una mejora de la educación secundaria y de la formación profesional. En un país, por tanto, fundamentalmente agrícola donde las mujeres constituyeron una insignificante fuerza de trabajo dentro del sector secundario poco desarrollado, no formadas profesionalmente no fue algo grave ya que se dedicaban al servicio doméstico y a las faenas agrícolas. La demanda de mano de obra femenina en España durante el S.XIX muestra las características propias de la industrialización en la primera fase de expansión: mano de obra barata y localizada en determinadas industrias. (Bosh, 2007)

A la hora de estudiar la población activa, ocupada o parada durante el siglo XIX, nos encontramos que no hay ninguna fuente para conocer tales datos, se podría suponer, que, excepto quienes no podían hacerlo por su edad o por la incapacidad física o mental, el resto de la población trabajaba para vivir. Se entiende por empleo una ocupación estable y remunerada. Esto significa que la actividad no remunerada (por ejemplo, el trabajo doméstico) no se consideraba trabajo, y que a los individuos que desempeñaban una actividad no remunerada (como las amas de casa) se les define como *inactivos* (es decir, que no contribuyen a la creación de riqueza del país). (Sarasúa, 2003).

Muchos trabajadores con empleo fijo, remunerado y con contrato tampoco fueron registrados por los censos y padrones. Esto les ocurrió sobre todo a las mujeres: por ejemplo, el 70% de las obreras de la fábrica de tabacos de Sevilla que constaban en nómina como obreras fijas, aparecían en el padrón como dedicadas a “sus labores” (y las clasificamos por tanto como inactivas). La idea de que el trabajo que por naturaleza

correspondía a las mujeres era el doméstico (no pagado), mientras los empleos remunerados se reservaban a los hombres (o teoría de la “doble esfera”, la pública para los hombres y la privada para las mujeres), venía de antiguo, pero se consolidó en el siglo XIX, y tuvo un fuerte impacto en las leyes (que prohibían a las mujeres muchas ocupaciones) y en la educación (no podían acceder ni a la enseñanza secundaria ni a la universidad). Para las mujeres de clase media y alta se consideraba indecoroso e impensable ejercer un trabajo a parte del doméstico. (Sarasúa, 2003).

Un sector industrial público permaneció durante todo el siglo XIX, centrado en las actividades que eran monopolio del Estado y de las que éste extraía fuertes ingresos por impuestos indirectos, que abastecían al ejército (astilleros, pólvora...). Entre estas fábricas del Estado están las de los tabacos, que, al ser una manufactura muy intensiva en mano de obra y muy protegida, dieron lugar a las mayores plantillas que hubo en España. (Sarasúa, 2003).

Las mujeres que se incorporaron al trabajo industrial, durante el siglo XIX, eran una minoría dentro del conjunto de la población femenina global. No participaron en masa en la producción industrial, con excepción de las trabajadoras de las fábricas textiles. Con el perfeccionamiento de las máquinas y la consecuente simplificación del trabajo, las mujeres sustituyeron a los obreros, ya que se les pagaba un salario inferior y se les explotaba con más facilidad. Con el desarrollo de la industria pesada, a mediados del siglo XIX, se produjo una menor participación de las mujeres como fuerza de trabajo en la industria y las que trabajaban eran mayoritariamente jóvenes. A parte del sector textil, el trabajo de las mujeres en las minas estuvo muy generalizado en los inicios de la industrialización. También era numerosa su participación en las fábricas de calzado, la industria del papel y la fabricación de ladrillos y tejas, otro sector a destacar es el de la concepción, donde la modistería se concentraba en pequeños talleres, pero era un sector totalmente desprotegido por la legislación ya que las jornadas de trabajo eran demasiado abusivas. (Vega E. d., 1992)

Durante el siglo XIX, el servicio doméstico conoció la época de mayor auge de su historia. En el siglo anterior había sido una ocupación mayoritariamente masculina, pero es en el siglo XIX cuando los hombres fueron abandonando dichas ocupaciones para dedicarse a alternativas con salarios mejores. Por lo que fue la ocupación que daba más empleo a las mujeres (servicio de nodriza), dando a las muchachas campesinas de vía de entrada a la ciudad. (Sarasúa, 2003).

Las nuevas concentraciones de obreros industriales o mineros, que habían emigrado sin sus familias, dio lugar a la aparición del “hospedaje”, en la que las mujeres de los obreros en los núcleos de inmigración atendían en sus casas a los nuevos emigrantes como huéspedes obteniendo unos ingresos por habitación, comida y lavado de ropa que permitía un aporte salarial a la economía familiar. (Sarasúa, 2003).

Las nodrizas presentaron una gran expansión durante este siglo, (Vega, 1992). A lo largo de la historia se estableció una categorización estereotipada de la figura de la nodriza, con un gran número de connotaciones negativas a nivel social y moral, que incluso apareció en la legislación reformista. Se estableció un patrón de nodriza como una mujer de baja extracción social, generalmente campesina, cuyas motivaciones económicas en el proceso natural supuso una falta de escrúpulos con el fin de no perder su fuente de ingresos. (Martínez, 2014).

En nuestro país en el siglo XIX, la legislación a partir del Reglamento General de Beneficencia va a procurar la necesidad de apertura de Casas de Maternidad para la lactancia y reglamentar las condiciones de las nodrizas, lo que supuso la creación de instituciones dependientes de las diputaciones y ayuntamientos y al mismo tiempo una regulación de las condiciones de las lactantes (Martínez, 2014).

(Campbell, 1989) extraído de (Martínez, 2014) establece en su estudio que las nodrizas se dividían en dos ramas: las nodrizas mercenarias, con la lactancia como única vía de supervivencia y las nodrizas profesionales, que eran mejor pagadas y más respetadas.

Por otra parte (Martínez, 2014) concreta esta división en dos ramas: por una parte, las nodrizas privadas contratadas por familias pudientes, representando un símbolo de estatus para la familia, y por otro lado, la nodriza mercenaria, contratadas para el cuidado de recién nacidos por instituciones como la diputación o el ayuntamiento que supondrá una de las salidas profesionales de las mujeres de la época, dado que se transforman en un colectivo “asalariado”, dependiente de las instituciones provinciales o municipales.

Con lo que respecta a Aragón, el único hospital de referencia para la recogida y cuidado de niños y niñas expósitos/as, hasta principios del siglo XIX, fue el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza, actual Hospital Provincial, uno de los más antiguos (1425), no sólo de Aragón, sino también de España, en los que desde su fundación tuvo un departamento para niños expósitos hasta los 5 años (Baquero, 1952). A partir de la ley de Beneficencia de 1849, se crearon para su control las Juntas Provinciales de Beneficencia. Tras la revolución de 1868, se suprimieron las Juntas de Beneficencia, y los establecimientos pasaron a control directo de la Diputación Provincial a través de las correspondientes comisiones de Beneficencia. De este hospital, a lo largo de 1830, dependían 1090 nodrizas externas repartidas en distintas localidades de la provincia de Zaragoza y Teruel, incluida Zaragoza capital. En 1860, habían aumentado a 1200. Los salarios de estas nodrizas variaban en función de los periodos, hasta un máximo de 5 años. En 1830 era de 28 reales de vellón mes por periodo de lactancia hasta los 18 meses; 14 reales de vellón entre los 18 y 30 meses; y 10 reales de vellón entre los 30 y 60 meses (estos dos últimos periodos denominados de “desvezo” o “destete”). En la década de 1860 los periodos aumentaron hasta los 72 meses o seis años (Hasta los 18 meses, de los 18 a 36 meses y de 36 a 72 meses).²

En ese desarrollo del mercado de la lactancia se debe a la influencia de la Casa Real, y en consonancia a ciertos sectores aristocráticos y burgueses. Siendo las mujeres más aptas para ejercer la profesión de nodriza, las campesinas del norte de España, en concreto, las más prestigiosas fueron las pasiegas de Santander, llegando un momento en el que se identificó el término pasiega con nodriza. (Martínez, 2014).

La lactancia materna ha planteado problemas a lo largo de la historia. Numerosas mujeres han descargado la alimentación de sus hijos en nodrizas, bien por prestigio, bien por necesidad y va a suponer, un elemento diferencial en el ámbito familiar, social y laboral. (Martínez, 2014).

Por lo que este tipo de trabajadoras formaron una nueva especialidad dentro del servicio doméstico. Pero es a finales de este siglo cuando la demanda de nodrizas empezó a descender drásticamente. (Vega, 1992).

Otra actividad totalmente feminizada fue la prostitución. Era un medio al que se veía abocada la mujer, en líneas generales de inferior clase social y por circunstancias peculiares de su vida, en última instancia. La sociedad del siglo XIX hubo de asumir el problema y los legisladores, al ocuparse de él, adoptaron diferentes posturas: perseguirla o reglamentarla fueron dos actitudes que se mantuvieron a lo largo del siglo, imponiéndose una a la otra dependiendo de las coyunturas políticas. (Bosh, 2007)

Según el doctor Sereñana, que publica en 1882 *La prostitución en la ciudad de Barcelona*, en 1887 había en Madrid (con 400.000 habitantes) 17.000 prostitutas registradas; y en Barcelona había 1.022 según el padrón de 1881, que serían en realidad de más de 6.000. Esta situación se explicaría según el propio Sereñana, por los muy bajos salarios de las mujeres, por las pocas ocupaciones a las que podían acceder, y por la frecuencia con que perdían su empleo, por ejemplo: muchas de ellas procedían del servicio doméstico y habían llegado a la prostitución al quedarse embarazadas (con frecuencia por algún hombre de la familia para la que trabajaban) y ser despedidas. Morían jóvenes por la sífilis y la tuberculosis, producto de sus miserables condiciones de vida. (Sarasúa, 2003)

² Datos inéditos facilitados por el profesor Agustín Sancho

A partir de finales del XIX y a lo largo del primer tercio del XX, la introducción de la maquinaria en la agricultura redujo la mano de obra que trabajaba en este sector. Esto tuvo un efecto directo en la mujer campesina, al quedar prioritariamente el hombre trabajando en la tierra. Aunque también dependía del grado de industrialización del país. Así, por ejemplo, en Inglaterra, principal potencia económica e industrial en este periodo, el porcentaje de mujeres que trabajaban en el campo era de un 3,15% ya en 1881. Sin embargo, el servicio doméstico ocupaba al 47,6% y la industria al 43,7% (tanto el sector fabril mecanizado, principalmente textil, como el sector de la confección realizado en pequeños talleres o a domicilio) (Nash y Tavera, 1994, pág.25). El caso de España, país de industrialización más lenta, todavía en 1930, la agricultura empleaba más o menos el 25% del empleo femenino. El servicio doméstico el 32,8%. No obstante, fruto de los procesos de mecanización agraria, también en España se observa, en el periodo 1880-1930, una progresiva reducción del trabajo femenino en la agricultura, junto al global de activos en este sector. Lo mismo ocurre en el sector industrial, que vio reducir el empleo femenino (fundamentalmente fabril) motivado por dos factores: Un progresivo cambio en la estructura de la industria y por los efectos de la legislación laboral. En lo que se refiere al cambio estructural de la industria, éste se produjo por los efectos de la nueva etapa de mecanización asociada a la segunda revolución industrial, con un incremento en el producto industrial de sectores de producción de bienes de equipo, químico y eléctrico, mucho más masculinizados. Por lo que respecta a la legislación laboral de principios del siglo XX (Ley Dato 1900), ésta fundamentalmente sirvió para reforzar la segmentación en el mercado de trabajo (Capel, 2008) en el sentido que no establecía la igualdad salarial, ni la mejora de las condiciones laborales, sino la exclusión de las mujeres de unos puestos de trabajo (Nielfa, 2003, pág.52): Reducción horaria de las mujeres en las fábricas (excluida la agricultura, el servicio doméstico y el trabajo a domicilio), prohibición del trabajo subterráneo en las minas, o prohibición del trabajo nocturno (1914). Curiosa y relevante es el debate abierto en las Cortes Españolas sobre la ley de prohibición del trabajo nocturno de las mujeres. El diputado socialista Pablo Iglesias, en defensa de la ley, señalaba que no era el derecho al trabajo de las mujeres lo que movía a los industriales a contratarlas sino sus bajos salarios. Un diputado en representación de los intereses industriales señalaba:

“Su señoría, claro está, se preocupa únicamente de la tendencia obrerista para eliminar en lo posible la competencia de las mujeres con el objeto de que pueda aumentar el salario de los hombres con el propósito, también muy noble, de que gane el hombre lo necesario para sostener a su familia; pero hay que tener en cuenta que a la mujer, en muchos casos, también le conviene trabajar para no depender del hombre.” (Diario de sesiones , 11 de junio de 1912, pág. 3708. Extraído de Nielfa, 2003, pág.52).

Como señala esta autora:

“se puede afirmar que entre los objetivos prioritarios de la primera legislación laboral está la defensa de un modelo de relaciones de género que asegure el cumplimiento de las funciones domésticas por parte de las mujeres y la reserva de unos puestos de trabajo para los varones frente a la competencia femenina”. (Nielfa, 2003, pág. 53)

A su vez, se desarrolla una feminización del sector servicios (Gómez-Ferrer, 2004, pág. 17-19): comercio, transportes, comunicaciones, oficinistas en las empresas. Se empezaron a abrir nuevos oficios como el de dependientas en grandes almacenes, que se caracterizaba por un salario poco (Amelia, 2013) elevado, un régimen de trabajo muy rígido y la imposición de multas por numerosos conceptos, tales como

un retraso o error en la caja (Vega, 1992). En muchos casos levantado prohibiciones legales. En 1882 se permitió la incorporación de mujeres al cuerpo de correos y telégrafos; y, en 1885 al de telefonistas.

También se va a dar la incorporación de mujeres de clase media a puestos cualificados: profesiones liberales, profesoras, medicina. Sobre todo, en enseñanza media, bibliotecas, farmacia, determinadas especialidades de la medicina (puericultura, toxicología) y abogacía. A esto ayudó el acceso discrecional a los estudios universitario de las mujeres a partir de 1910.³

Igualmente se abrió para las mujeres el trabajo en la administración pública a partir del Estatuto de la función pública de 1918 que establecía que la mujer podría servir al Estado en toda clase de categorías auxiliares y “en la de técnico lo determinará el Reglamento las funciones en las que podrá ser admitida y aquellas que en razón de su naturaleza especial no le sean admitidas” (Gómez- Ferrer, 2004, pág. 18).

Con el cambio de siglo, se hicieron más evidentes los cambios que ya se apuntaban a finales del siglo XIX. Las guerras mundiales, que provocaron la incorporación masiva de las mujeres al trabajo, los avances técnicos, que liberaron a la mujer de ciertas tareas domésticas pesadas y la participación femenina en acciones reivindicativas, marcaron una transformación decisiva en las mentalidades. Con la I Guerra Mundial, las mujeres fueron movilizadas para acceder a los lugares de trabajo abandonados por los hombres, aunque aclararon que ese trabajo era coyuntural, fruto de las necesidades del momento. Pero en el momento que finalizó la guerra, los poderes públicos volvieron a poner en marcha una campaña, pero esta vez en sentido contrario, presionando a las mujeres para que abandonaran el trabajo y regresaran al hogar para cumplir con sus tareas “naturales”, el cuidado de la familia y de la casa. (Vega, 1992).

Los primeros años de siglo estuvieron marcados por la creación de una serie de organizaciones femeninas que, si bien no se las pudo encuadrar dentro de la corriente del feminismo político que existió en otros países, si fueron organizaciones feministas en el sentido de ir extendiendo el papel de la mujer en la sociedad y planear reivindicaciones de muy diverso tipo. (Calbet, 2007).

La Junta para la Represión de la Trata de Blancas, la Junta de Damas de la Unión Iberoamericana de Madrid, y otras de nombres y actitudes parecidas surgieron durante los primeros años del siglo XX. No fue hasta octubre de 1918 cuando apareció en Madrid la ANME (Asociación Nacional de Mujeres Españolas). Si bien se propuso admitir en su seno a mujeres de todas las tendencias, y aunque aseguró ser algo parecido a un partido de centro al margen de extremismos, sus posturas fueron claramente derechistas. (Calbet, 2007).

Hacia los años treinta, empezó a darse en España las condiciones sociopolíticas para la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres. Junto a esto hay que hacer mención a la importancia que en nuestro país tuvo el hecho religioso como algo cotidiano, proyectado desde grupos apostólicos motores del denominado feminismo católico. Por último, señalar el escaso interés de la izquierda por este tema, pues al existir una radicalización de las posiciones políticas, la lucha feminista no tuvo una atención específica y esto restó unidad a cualquier acción en apoyo de esa lucha. (Gómez, 2007).

³ Aun así, profesiones como la abogacía quedaban vetadas para el ejercicio profesional por la prohibición de los colegios profesionales de la abogacía a admitir mujeres. En este sentido, el primer colegio profesional que admitió a mujeres fue el Colegio de Abogados de Madrid en 1921

I.4 Mujeres trabajadoras y sindicalismo

La industria tabacalera fue un reclamo para el trabajo femenino, en concreto el de la fábrica de Tabacos de A Coruña. Donde no se sabe con exactitud cuántas mujeres trabajaban allí en 1857. Según el diario El país de Pontevedra, extraído de (Alfeirán, 2017) eran cuatro mil operarias y según El diario de Córdoba, extraído de (Alfeirán, 2017), dijo que se aproximaban a unas tres mil. Aunque según (Alfeirán, 2017) ambos exageran; no había datos estadísticos oficiales y la prensa da únicamente una cantidad aproximada, concluyendo, que eran, como mínimo varios miles. Estas cifras ponen en manifiesto que las cigarreras coruñesas formaban de aquella, y durante mucho tiempo, el mayor colectivo obrero de Galicia reunido en una sola instalación fabril. Según la Historiadora Ana Romero Masiá extraído de (Pena, 2019), afirma que las mujeres que trabajaron en esta fábrica disfrutaban de unas condiciones laborales algo más dignas que las que había en otras industrias. “Los beneficios de la compañía arrendataria eran tan grandes que les permitían a estas mujeres unas condiciones mucho mejores que en otras fábricas”. Era un trabajo duro, pero las mujeres tenían por ejemplo mucho margen para entrar o salir aunque laboraban a destajo, es decir, cobraban por cigarro elaborado, lo que les obligaban a ser rápidas y hábiles en esa tarea si querían conseguir un modesto jornal, que trajo esto último un descontento generalizado, debido a las nuevas exigencias por parte de la dirección y los cambios provocados por la nueva elaboración de cigarrillos hicieron que ganasen menos, sumado al incremento de los ritmos de trabajo, los ánimos se fueron caldeando y así fue como el día 7 de diciembre de 1857 a las 11 de la mañana (momento en el que tuvo lugar la primera huelga de mujeres de la historia de Galicia), las cigarreras se amotinaron, abandonaron sus puestos de trabajo y destruyeron las nuevas máquinas de picar tabaco, echando al mar parte de la producción.

Fue entonces cuando el Capitán General y el Gobernador Civil enviaron tropas de infantería y caballería para acabar con la revuelta, siendo a las 16 horas cuando se dio por finalizada la protesta, siendo detenidas más de veinte mujeres. Por lo que la protesta no consiguió su objetivo siendo las máquinas restablecidas de inmediato. (Pena, 2019)

Por lo que, es interesante hacer una referencia a la obra “*La Tribuna*” de Emilia Pardo Bazán, donde refleja el mundo obrero y la pobreza que sufren las clases populares analizando con sumo detalle y, exponiendo de forma explícita, su miseria. Esta autora denuncia la doble tarea de la mujer en el entorno laboral, pues son madres y trabajadoras al mismo tiempo. En efecto, la novela surge de la intervención de las cigarreras en una revuelta pública en la que luchan por sus derechos y se puede afirmar que Pardo Bazán segmenta la sociedad de La Tribuna en dos esferas socio-económicas, por un lado, la burguesía y por otro, las cigarreras. Amparo, la protagonista de esta obra, combina su trabajo en la fábrica de cigarrillos con un marcado activismo político. Este personaje sigue el patrón clásico de mujer pobre que se enamora de un caballero rico, seguido de un embarazo inesperado y finalmente siendo abandonada. (Guerra, 2000) En efecto, gracias a las investigaciones de Carmen Bravo Villasante y Benito Valera Jácome extraído de (Herrán, 2000), concluyen que doña Emilia estudió con detalle, digno de rigor naturalista que teóricamente propugnaba, muchos aspectos de la novela, llegando a realizar repetidas visitas a la fábrica de tabacos de La Coruña para conocer “in situ” el ambiente, los personajes y las actividades que trataba de retratar.

En España, el desarrollo del sindicalismo femenino estuvo determinado por los rasgos que caracterizaron a las trabajadoras y su reparto por sectores económicos. Dichos hechos explican el que se mantengan en niveles muy discretos hasta la segunda década del siglo XX, siendo en los lustros siguientes cuando se consolide gracias al incremento en el número de asociaciones y, sobre todo, de asociadas y a la concentración de fuerzas. (Capel, 2008)

De tal forma se explica el cierto predominio de los sindicatos católicos, con gran eco entre las trabajadoras a domicilio, sobre los de clase, más orientados hacia el mundo de la fábrica, en especial las textiles y el tabaco, donde se encontraron el grupo más extenso de afiliadas. En general, las cifras de

sindicatos y militantes se mantuvieron siempre muy contenidas y con tendencia a concentrarse en los principales centros urbanos y económicos: Madrid, Barcelona y Valencia. Pese a las dificultades de las fuentes para obtener cifras concretas, para 1930, contra la existencia de 30 sindicatos socialistas femeninos, por 150 católicos: las corrientes revolucionarias podrían contar con unas 10.000 afiliadas, la *Confederación Nacional de Obreras Católicas* (CNOC) aseguraba tener 15.000. (Capel, 2008)

Durante la República, la sindicación se aceleró. En 1932, UGT dice contar con 231 sindicatos de obreras y 41.948 afiliadas, que apenas representaban el 4% del total de sindicalistas. Reflejo de la toma de conciencia por parte de las obreras que este avance de la sindicación femenina pudo representar, se va a tener muy en cuenta en su creciente participación en las huelgas. La mayor parte de ellas con presencia femenina se produjeron en la industria, con el textil a la cabeza, donde en ocasiones, incluso, las trabajadoras que secundan los paros superarían a los trabajadores.

Unos cuantos años antes (1910-1911), se pudo observar, como la participación de las mujeres en la capital aragonesa se vio incrementada por la importancia y la actividad del obrerismo zaragozano. (Illion, 2008).

Una figura de vital importancia fue la de Teresa Claramunt, quien además de ser la primera revolucionaria española, fue también una de las pioneras en la lucha a favor de la mejora de las condiciones de trabajo de las mujeres asalariadas. Permaneció confinada en Huesca, ciudad en la que intentó sin éxito organizar mítines, desde el 2 de septiembre de 1909 hasta el 29 de octubre de 1910, fecha de su llegada a Zaragoza, coincidiendo con la organización, por unas traperas, de una huelga que dichas operarias habían iniciado el 25 de octubre para reclamar la jornada de diez horas y la afiliación obligatoria en las sociedades obreras. (Illion, 2008)

La presencia de Teresa Claramunt en Zaragoza preocupaba sumamente a las autoridades de la ciudad, conscientes de la influencia que la desatacada propagandista podía ejercer sobre el proletariado zaragozano, por lo que intentaron poner trabas a su actividad como oradora. En 1910 se conoció en esta ciudad la primera huelga general de su historia más concretamente, en septiembre de dicho año. Con ella se trató de responder, como muestra de solidaridad, a la huelga de mineros de Bilbao. La declaración de la huelga fue aprobada, después de un animado debate en el que intervino, entre otros, Antonia Maimón como defensora de la huelga, en nombre ante todo de la solidaridad obrera. (Illion, 2008)

Las mujeres fueron quienes más se significaron en los trabajos de propaganda, animando a todos los trabajadores a acudir a la huelga, pero a pesar del importante seguimiento del paro, durante una reunión que se celebró el 3 de septiembre, a la que acudieron numerosas mujeres, se acordó dar por concluida la huelga. Justo un año más tarde se volvió a convocar otro paro general, con el mismo motivo del año anterior, donde se celebró un mitin en el que se hicieron uso de la palabra Antonia Maimón y Teresa Claramunt, este fue duramente reprimido por las fuerzas del orden y fue entonces cuando la Guardia Civil y vigilantes del cuerpo de Vigilancia iniciaron inmediatamente una serie de registros y detenciones donde Teresa Claramunt figuró entre las primeras personas detenidas. Se decretó también auto de prisión contra Antonia Maimón, pero esta última no llegó a ser detenida, pues había logrado huir a Francia. (Illion, 2008)

II. Mujer y trabajo durante el franquismo

II.1 Diferencias entre hombres y mujeres en el mercado laboral

Durante el franquismo, al estudiar el trabajo de la sociedad española en esta época, debemos hacer hincapié en las diferencias existenciales entre hombres y mujeres. Se va a hacer una comparativa de dos tipos de trabajo fuertemente polarizados en función del género durante la dictadura franquista: el trabajo del textil-confección y el de RENFE. El primero, centra su actividad en la costura, trabajo que tradicionalmente han llevado a cabo las mujeres. Se desarrolló en empresas con un predominio absoluto de mano de obra femenina, el segundo es el caso contrario, una empresa que comprende un gran número de “profesiones”, pero fuertemente centrada en el trabajo masculino, siendo la población trabajadora femenina irrelevante en el conjunto de la plantilla laboral.

Hay que destacar el despegue del sector textil-confección que tuvo lugar a partir de 1960 y siguió creciendo hasta mediados de la década de los setenta, donde el número de empresas en este sector, en toda España, era aproximadamente de 6.000. El sistema de trabajo que dominaba era el trabajo en cadena, con medición de métodos y tiempos, lo que se denomina, en un sentido amplio como “sistema fordist”. En cuanto a la composición de la mano de obra, en 1968 había en España 91.000 empleos en este sector, de los que el 75 por 100 eran mujeres y el 25 restante varones. En los salarios, en el ámbito nacional, el sueldo era un 20% superior para los varones con relación a las mujeres. Sin contar que era el sector que tenía los salarios más bajos de toda la industria fabril española. Tanto los puestos como las categorías estaban perfectamente diferenciados en el caso de varones y mujeres. Ellos ocupaban siempre puestos mejor considerados y retribuidos. (Nielfa, 2003)

En el ejemplo de los ferrocarriles hay que tener en cuenta el trabajo que se llevaba a cabo en RENFE, donde tenía un carácter totalmente masculinizado. La distribución de los puestos de trabajo en función del sexo estaba muy claro en esta empresa. Los varones se iniciaban en la compañía con un proyecto establecido de hacer carrera laboral mientras que los puestos desempeñados por mujeres se entendían que los ocupaban de forma provisional, por lo que no había apenas posibilidades de progresión laboral. Se puede afirmar que las mujeres se adaptaban a los puestos de trabajo, pero no se especializaban, mientras que a los varones se les orientó a una mayor especialización. (Nielfa, 2003)

Por lo que, durante el franquismo, se caracterizó por ser un régimen con una fuerte separación de sexos, los trabajos ferroviarios fortalecen el sentido de un oficio viril por excelencia, mientras que el trabajo en textil-confección ejemplifica la actividad típicamente femenina, la costura. (Nielfa, 2003)

Todo esto llevó a que las mujeres percibieran salarios peor pagados. El enfoque neoclásico explica la segregación ocupacional por factores de oferta (teoría del capital humano) y demanda (teoría de la discriminación). La primera argumenta que las mujeres invierten menos en capital humano porque anticipan que su participación en el mercado de trabajo no será continua e invierten en aquellas habilidades y ocupaciones para las que las tasas de depreciación del capital humano son relativamente más bajas, lo cual explicaría la concentración de demanda que dan como resultado bajos salarios. Por su parte, la teoría de la discriminación establece que el perjuicio de los empleadores, de los trabajadores o de los consumidores contra la contratación de mujeres regula el número de éstas en una determinada ocupación. Por su parte, el enfoque feminista criticó la visión neoclásica porque tomaba como dato el supuesto de que las mujeres tienen una participación intermitente en el mercado laboral. (Sánchez & Martín, 2007).

II.2 Los movimientos reivindicatorios durante la primera etapa de la dictadura

Otro aspecto a tener muy en cuenta es el modelo sindical que se había insaturado durante el franquismo y consintió en la creación de una estructura vertical que, encuadrando a trabajadores y empresarios en una misma organización, se convirtiese, por convencimiento o por la fuerza, en instrumento de armonización social para neutralizar la posibilidad de lucha de clases y que tuviera un papel determinante en el desarrollo de la economía de un futuro Estado Nacional-Sindicalista. (Quer, 2012).

Las raíces fundamentales del modelo sindical instaurado en 1940 se hallan ineludiblemente en los años de la guerra civil. En concreto, a partir de 1937, en relación a la necesidad básica de una duradera paz social para el naciente *Nuevo Estado*, que no podía conseguirse solamente a través de la violencia. Para este, el encuadramiento de los trabajadores en una estructura sindical que garantizara el control social, la superación de la lucha de clases y la armonía en el ámbito laboral era tan importante como la eliminación misma del movimiento obrero. La teoría Nacional-Sindicalista sobre el modelo sindical, pretendía cubrir esta necesidad. (Quer, 2012).

El proceso de atribución al Estado de la competencia exclusiva para la regulación sistemática y general, mediante normas escritas, de las condiciones a las que debían ajustarse las relaciones laborales culmina con la Ley de Reglamentaciones de Trabajo de 16 de octubre de 1942. Esta establece que es competencia del ministerio de trabajo:

“La aprobación, aplicación e inspección de las leyes de trabajo y la regulación sistemática de las condiciones mínimas que han de ajustarse las relaciones laborales en las distintas ramas y actividades”.

Lo que significó la determinación de los salarios por el Estado a través de la administración laboral. (Martínez, 2009).

El final de la década de los años cuarenta y el inicio de los cincuenta, con la consolidación definitiva de la dictadura y su progresiva admisión internacional, comportó la crisis de las organizaciones obreras y del conjunto del antifranquismo. Desaparecidas las esperanzas de cambio, que la mayoría de las fuerzas habían depositado en las democracias occidentales, tanto en el exilio como en el “interior” creció el desánimo, lo que junto a la continuada represión franquista llevó a la desarticulación de la mayoría de los grupos clandestinos o a su casi absoluta parálisis. Únicamente el PCE se propuso seriamente mantener y hacer crecer la organización clandestina, divulgar su propaganda y buscar nuevas formas de actuación adecuadas a las condiciones existentes. En este sentido, el abandono de la lucha armada y la decisión de aprovechar la legalidad franquista, en particular las elecciones de enlaces sindicales, como habían hecho espontáneamente sectores obreros desde 1944, la opción de impulsar o dar apoyo a reivindicaciones laborales, por pequeñas que fueran y la resolución de poner a toda la organización del exilio al servicio de la actividad interior, fueron determinantes para evitar el aislamiento y la progresiva extinción del partido. (Ysàs, 2008).

En el contexto en que se desenvolvían las Relaciones Laborales, cabe destacar las transformaciones acaecidas a lo largo de la década de los cincuenta. Algunas de estas medidas afectaban a la organización sindical. Una de las más importantes fue la Ley de Jurados de empresa (1953), que regulaba la representación obrera en el Sindicato Vertical y que dio lugar a las elecciones de 1954. Otra medida y no menos importante que la anterior fue la Ley de Convenios Colectivos (1958) (Carmona, 2006), que dio un impulso a la negociación colectiva, dando un giro a la visión franquista de las Relaciones Laborales.

Con el inicio de los años sesenta, comenzó lo que se ha denominado a veces “el resurgir del movimiento obrero”. En la primavera de 1962, una ola huelguística, la más importante desde 1939, indicó

con claridad que el éxito del régimen en la desarticulación de grupos clandestinos y en la contención de la conflictividad laboral en los años inmediatamente anteriores había sido solamente temporal. El epicentro del movimiento huelguístico de 1962 estuvo en la minería asturiana. El gobierno adoptó rápidamente medidas represivas extraordinarias y se instauró el “estado de excepción”. (Ysàs, 2008).

II.3 Las primeras movilizaciones de las mujeres

Hasta ahora la mujer había ocupado puestos de segundo orden en los partidos. Según Emilia Graña 1977 “Movimiento Democrático de la Mujer, Movimiento de Liberación de la Mujer”, en (Rubio, 2008, pág. 177)

“Los altos cargos y los intermedios estaban en manos de los hombres. No han presentado una alternativa de cara a la mujer. Tampoco el movimiento obrero ha respondido. Las grandes fábricas con mano de obra femenina siguen sin apoyo específico. Si existen movimientos feministas es porque un grupo de mujeres son feministas en sus partidos y han planteado batalla para que sus problemas fueran asumidos”.

El origen del Movimiento Democrático de las mujeres lo debemos buscar en las redes informales de “mujeres de preso” que, desde comienzos de los años cincuenta, habían consolidado destacadas activistas como Carmen Rodríguez, Dulcinea Bellido, Maruja Cazcarra, Aurora Ozaita, Paquita Martín de Isidro, Manolita del Arco, Antonia López, Manola Rodríguez, Luisa Barahona, Soledad Real, Margarita Sánchez o Natalia Jorga. Para muchas de estas dirigentes, resultaba frustrante comprobar cómo mujeres que habían participado a menudo en las actividades de solidaridad con los presos, volvían a recluírse en la esfera doméstica cuando sus familiares salían de la cárcel. (Arriero, 2011).

Algunas de estas mujeres, fueron madurando la idea de crear alguna estructura organizativa, pero la gestación de este proyecto fue un proceso complejo ya que el partido al que pertenecían la mayoría de estas (PCE), continuaba identificando al luchador antifranquista con la figura del hombre. Pero más adelante, fue este mismo partido el que planteó la necesidad de crear una organización de mujeres. La primera iniciativa que tuvo el partido en esa dirección fue la creación en 1959 de la revista clandestina “Mujer”, cuyos objetivos de la publicación quedaron claros: la necesidad de crear grupos desde los que se incorporaran a las mujeres a la lucha contra la dictadura y potenciar su presencia en los comités del partido. (Arriero, 2011)

El protagonismo de Dulcinea Bellido fue de gran importancia. Decidida a crear una asociación de mujeres, expresó que era esencial que las mujeres que pertenecían a los círculos intelectuales antifranquistas fueran atraídas. Por esa razón, participó junto a otras destacadas comunistas como Carmen Rodríguez en una tertulia organizada por Eva Forest durante 1964 donde a estas reuniones asistieron figuras como la anterior alcaldesa de Madrid, Manuela Carmena y donde se realizaron lecturas colectivas de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y se trataron temas relacionados con la situación de las mujeres. En esas reuniones, se planteó la necesidad de politizar a las mujeres y de movilizarlas contra la dictadura, pero también se abordaron algunas cuestiones como la crítica al patriarcado y la discusión sobre la necesidad de que los partidos de izquierdas se incorporaran a su discurso sobre reivindicaciones feministas. (Arriero, 2011)

De esta manera, se puede afirmar que en 1964 un grupo organizado de mujeres estaba en marcha, aunque todavía no tuviera nombre. Su nacimiento formal se produjo en Madrid a finales de año cuando el PCE, dejó claro su papel tutelar sobre estos grupos y convocó a sus promotoras a una reunión en casa de Aurora Villena, asistiendo en representación de la dirección comunista Francisco Romero Martín. (Romeu, 1994) extraído de (Arreiro, 2011)

Por lo que fue en 1965 cuando se da a conocer el Movimiento Democrático de Mujeres liderado por un grupo de mujeres comunistas, entre las que estuvo la mujer de Marcelino Camacho, Josefina Samper. Y aunque surgió con voluntad independiente, siempre estuvieron tuteladas por el Partido Comunista. (Sánchez P. D., 2008, pág. 178)

Cabe destacar los tres ámbitos sobre los que el Movimiento Democrático de Mujeres (a partir de ahora MDM) proyectó su actividad. El primero y el que serviría de escenario para los otros dos fue el solidario,

donde se apoyó a los presos y presas y a sus familiares, denunciando la política represiva del régimen franquista. Una tarea que tuvo un elevado contenido político. Buscaron garantizar la supervivencia física y emocional de los represaliados políticos, desprestigiando internacionalmente al régimen que encarcelaba y fusilaba sin piedad a multitud de hombres y mujeres. El segundo espacio fue completamente político, ya que el objetivo prioritario para muchas de las militantes del MDM, y desde luego del PCE, fue erosionar al régimen franquista, trasladando a los barrios obreros la conflictividad social. Para conseguirlo, el MDM intentó implicar a las amas de casa en la movilización vecinal, combinando las protestas por la falta de infraestructuras y equipamientos o la elevación de precios, acompañado con la reclamación de los derechos y libertades propias de un sistema democrático. Y para finalizar, una parte muy significativa de la dirección del MDM se centró en la búsqueda de un tercer espacio, el feminista, a partir de un discurso que hiciera compatibles las reivindicaciones específicas de las mujeres con la lucha antifranquista. (Arriero, 2011).

Una vez creado, el MDM buscó fórmulas para darse a conocer y en julio de 1967 promovió junto a católicas progresistas, profesionales, universitarias e intelectuales un documento titulado *“Por los derechos de las mujeres españolas”*, que fue firmado por más de mil quinientas mujeres y enviado al vicepresidente del Gobierno ⁴. En este documento, que fue la base del programa que aprobó el MDM el 1968, se exigía el fin de la represión, libertad y democracia, reivindicándose la derogación de la licencia marital, la instauración de patria potestad conjunta, la creación de guarderías y comedores para hacer compatible la maternidad y el trabajo, el fin de la discriminación salarial, el control sanitario de las gestantes y la elaboración de una nueva legislación laboral que acabase con las discriminaciones que sufrían las mujeres. (Arriero, 2011)

⁴ Entre las firmantes figuraban Aurora de Albornoz, Cristina Almeida, María Aurelia Camp-many, María Campo Alange, Eva Forest, Isabel García Lorca, Ana Jiménez de Parga, Ana María Matute y Elena Soriano. Extraído de (Arriero, 2011)

II.4 Respuesta del régimen hacia los movimientos y configuración del movimiento de Comisiones Obreras

Cuando el régimen franquista quiso renovar el obsoleto tejido asociativo aprobando la Ley de Asociaciones en 1964, diversos grupos del MDM aprovecharon que la ley flexibilizaba los requisitos para crear asociaciones. Así, las mujeres que venían reuniéndose, fueron las primeras en solicitar y obtener su legalización en 1969. Lo que consiguieron fue la autorización para inscribirse como asociaciones de mujeres por lo que tuvieron que adoptar la forma de Asociaciones de Amas de casa o Asociaciones de Amas de Hogar. No obstante, lo que parecía que iba a ser una forma rápida de extender el asociacionismo femenino, se frenó en seco desde las instancias oficiales. (Arriero, 2011).

Desde 1968, los grupos clandestinos del MDM que habían surgido en otras ciudades de España, intentaron crear asociaciones de amas de casa legales y, cuando esto no fue posible, trataron de infiltrarse en las ya existentes. En Zaragoza, el MDM se había formado a partir de un pequeño grupo de mujeres del PCE que realizaban trabajos de solidaridad con los presos al que muy pronto se sumaron católicas progresistas. Con esa cobertura, comenzaron a participar en la *“Asociación de Amigos de Cuadernos para el Diálogo de la ciudad”*, pero fracasaron en su intento de hacerse con el control de la asociación de las amas de casa. No obstante, los contactos que fueron desarrollándose en esos años, mujeres como la comunista Maruja Cazcarra o la católica Concha López, permitieron incorporar nuevas militantes y poner en marcha una importante movilización en barrios obreros como el de Oliver o el Picaral, organizaron boicots a los mercados para protestar por la subida de precios y recogieron firmas para exigir la construcción de guarderías, colegios y parques. (Arriero, 2011)

Otro importante hecho que se dio durante el franquismo fue la configuración del movimiento de Comisiones Obreras. Tuvo lugar en la primera mitad de la década de los sesenta y fundamentalmente entre 1964 y 1966. Pero sus orígenes deben buscarse en las experiencias acumuladas en la década anterior. Las huelgas de 1962 dieron un impulso importante a la formación de Comisiones y en los años siguientes, desde las distintas zonas industriales, fue conformándose el movimiento en el que serían sus rasgos característicos. Unitario, democrático e independiente fueron otros de los rasgos del movimiento en formación. Unitario porque se trataba de agrupar a todos los trabajadores, independiente de ideologías políticas y de creencias religiosas, a partir simplemente de la consideración de que todos los trabajadores compartían unos mismos intereses y del rechazo a la división sindical, mucho más en un contexto en el que la unidad obrera era una condición indispensable para poder llevar a cabo cualquier acción colectiva con mínimas expectativas de éxito. (Ysàs, 2008).

Los grupos obreros antifranquistas más activos, en primer lugar y en especial el PCE, tuvieron un papel decisivo en la extensión de las Comisiones Obreras. Para el PCE constituía la primera concreción exitosa de su política de movilización social contra la dictadura, de acción unitaria y de *“reconciliación nacional”*. Para los comunistas, las luchas sociales reivindicativas, constituían el eje de la acción contra la dictadura, una acción que debería culminar en una movilización general, en una huelga general que provocó el colapso del régimen. (Ysàs, 2008).

III. Desde 1975 hasta el inicio de la crisis (2008)

III.1 Cambios sociales y avances en cuestión de derechos.

El año 1975 no solo tiene gran significado en España por la muerte de Franco, sino también por la proclamación de las Naciones Unidas de aquel año como el Año Internacional de la Mujer. La desaparición de Franco de la esfera política y el ímpetu proporcionado por las Naciones Unidas, produjeron una explosión de actividad femenina. (Cruz & Barbara, 2004)

En los años setenta del pasado siglo, el proceso general de escolarización aumento de forma asombrosa. La formación femenina tuvo mucho que ganar en ese proceso de subida general del nivel educativo, a finales de los años 70, y en todos los países, más mujeres que nunca habían logrado adquirir la formación media y un grupo significativo de ellas se planteaba como meta la enseñanza superior. La universidad de los 70, acogió por primera vez a un alumnado compuesto por mujeres, en una cifra que rondaba el treinta por cien del total. Por lo que las nuevas habilidades no fueron desaprovechadas, fueron las mujeres que se estaban formando en la universidad las que protagonizaron la revuelta feminista que inició la “Tercera Ola”. Comenzó en la Costa Oeste de los Estados Unidos, floreciendo a escasos meses siguientes en todos los países europeos. (Valcárcel, 2008).

En España, la emergencia de esta nueva ola del feminismo se dio a conocer los días 6,7 y 8 de diciembre de 1975 (dieciséis días después de la muerte de Franco), cuando más de 400 mujeres de todas las regiones del país se congregaron en Madrid para celebrar (ilegalmente), las Primeras Jornadas por la Liberación de la Mujer. A partir de la celebración de estas jornadas, se sucedieron rápidamente diversos eventos que definieron la energía y el dinamismo del movimiento feminista.

En mayo de 1976, el paraninfo de la Universidad de Barcelona fue la sede de una serie de jornadas feministas, donde más de 4000 mujeres asistieron a coloquios y foros sobre el divorcio, la igualdad de salarios, la despenalización del aborto y la igualdad de derechos para los hijos ilegítimos.

En 1978 (año de la aprobación del artículo 14 de la Constitución Española, que estipuló la igualdad jurídica de la mujer), se legalizaron los anticonceptivos y se despenalizó el adulterio femenino. Tendían que pasar tres años mas para que se aprobase en 1981 una ley de divorcio. Durante el mismo año de 1981, se legalizó el Partido Feminista fundado por Lidia Falcón). (Cruz & Barbara, 2004).

El Diálogo Social y la Concentración Social surgieron como resultado de la instauración de unas Relaciones Laborales democráticas. La herencia y el momento histórico determinaron la reconstrucción de las Relaciones Laborales, que se llevó a cabo con el reconocimiento de los intereses propios de los trabajadores y con el reconocimiento de la capacidad de los sindicatos para representar esos intereses recogidos en la Constitución Española de 1978 y en la Ley de Libertad Sindical aprobada el año anterior. Los primeros acuerdos de la concentración Social de los años ochenta fueron suscritos por la Unión General de Trabajadores (UGT) y la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE). En 1979, el “Acuerdo Básico Confederal” sentó las bases relativas al Estatuto de los Trabajadores, aprobado en 1980. (López, 2008)

Desde el año 1997, se estableció un nuevo marco para el diálogo social, en el que anualmente los representantes de los sindicatos y de los empresarios abordaban una serie de materias en los Acuerdos de la Negociación Colectiva. Cada año, a partir de entonces, las organizaciones sindicales UGT y CC.OO presentan “la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres” como cuestión prioritaria a tratar en la negociación colectiva. (López A. F., 2008)

En el año 2002 se introduce en nuestro marco legal la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres suscrito en el Acuerdo Interconfederal de Negociación Colectiva (ANC-2002). Esta evolución positiva es más significativa si se consideran los convenios colectivos firmados en 2004. El porcentaje de trabajadores

y trabajadoras afectados por convenios firmados que cuentan con alguna cláusula sobre igualdad de oportunidades en ese año era de 49,51%, según datos del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. En referencia al ámbito sectorial, el número de trabajadores y trabajadoras afectados por cláusulas de no discriminación o promoción de la igualdad entre sexos era de 50,98% frente al 36,57% de trabajadores y trabajadoras afectados por convenios de empresa. Para todo ello, es imprescindible la participación de las mujeres en los procesos de negociación. El elemento clave de la acción sindical debe ser de manera inexcusable, la transversalidad, entendida como el compromiso político firme y decidido, de incorporar el objetivo de la igualdad en todas las políticas y actividades de los sindicatos. (López A. F., 2008).

El 23 de marzo de 2007, el BOE publica una Ley Orgánica para la Igualdad Efectiva de Mujeres y Hombres (LOIEMH), que por primera vez se centra en los derechos de las mujeres como mujeres trabajadoras en el sentido más amplio del término: trabajo y empleo. (Vega, 2008). En su artículo 3 recoge el principio general de igualdad de trato, extraído de (Barba, 2014, pág. 35) y definiéndolo como,

“la ausencia de toda discriminación, directa o indirecta, por razón de sexo, y, especialmente, las derivadas de la maternidad, la asunción de obligaciones familiares y el estado civil”.

Por otra parte, LOIEMH vino a trasponer en la legislación nacional los conceptos de Discriminación directa e indirecta, y así dota a nuestro ordenamiento jurídico de unas definiciones propias de discriminación directa e indirecta. A tal efecto el artículo 6 de la citada Ley Orgánica, extraído de (Barba, 2014, pág. 35) establece literalmente que,

“se considera discriminación directa por razón de sexo la situación en que se encuentra una persona que sea, haya sido o pudiera ser tratada, en atención a su sexo, de manera menos favorable que otra en situación comparable.”

III.2 Desigualdades y discriminación en materia de empleo de la mujer del Siglo XXI.

Hasta los años 80 se mantuvo una leve diferencia de formación entre varones y mujeres que, a partir de entonces, equilibraron sus tasas educativas para llegar a la situación actual en que el grado de formación femenina supera levemente a la masculina. También por aquella década se realizó una contrastación: las mujeres presentes en cualquier escala jerárquica, corporación, administración, industria o rama de actividad, tendían a ocupar sistemática y masivamente los tramos inferiores de la escala, disminuían los tramos medios y prácticamente desaparecían en los superiores. A este fenómeno se le dio el nombre de “techo de cristal”. (Valcárcel, 2008).

En tentativa de mejorar la situación laboral de la mujer, el gobierno de Felipe González aprobó en 1987 el Plan de Igualdad de Oportunidades de las Mujeres, que fue seguido de una segunda fase en 1990 para asegurar una mayor integración de la mujer en puestos de poder en la sociedad, el cuerpo militar, el mundo de las finanzas y el gobierno.

Más positiva fue la reforma de 1996 del Código Penal, que provocó cambios notables en la vida de la mujer. Se legislaron mayores castigos para los que cometían agresiones sexuales en el trabajo y se instituyó un leve castigo para el acoso sexual, que consistía en una pena de cárcel de 24 fines de semana. (Cruz & Barbara, 2004).

El siglo XXI se caracteriza por la existencia de la discriminación y desigualdad por razón de sexo en el ámbito laboral. Según la Organización Internacional del trabajo:

“Discriminar en el empleo y la ocupación es tratar a las personas de forma diferente y menos favorable debido a determinadas características como el sexo, el color de la piel, su religión, ideas políticas u origen social, con independencia de los requerimientos del trabajo”.

Reskin & Padvic (1994) extraído de (Ribas) mencionan tres factores como muestra de las diferencias de género en el trabajo: la asignación de tareas basada en el sexo de los trabajadores (división sexual del trabajo), el mayor valor otorgado al trabajo realizado por los hombres en relación al que las mujeres realizan (devaluación de la mujer y de su trabajo que desencadena un diferencial de salarios) y la construcción del género en el trabajo por parte de empresarios y trabajadores. A pesar de que las mujeres representan la mitad de población mundial y realizan dos tercios del trabajo, reciben una décima parte del total del salario.

Mientras tanto El Consejo de la Juventud de España (2001) extraído de (Ribas), presenta cinco indicadores representativos de la discriminación de género:

- I. Reparto del trabajo y responsabilidades: trabajo productivo frente al trabajo reproductivo. El reparto desigual entre estos dos tipos de trabajos entre hombres y mujeres afecta de forma negativa a la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. Estas asumen la mayoría del trabajo reproductivo, no remunerado y no reconocido pública y oficialmente.
- II. Tasas de paro: a pesar de la creciente incorporación de la mujer al mercado laboral que experimentó nuestro país, el desempleo femenino sigue siendo a día de hoy superior al masculino.
- III. Segregación del mercado de trabajo. Tanto horizontal (feminización de algunos sectores productivos que precisamente son aquellos que están relacionados con las actividades tradicionalmente desempeñadas por mujeres como vertical (pocas mujeres en los niveles jerárquicos superiores).

- IV. Diferencias salariales: en los distintos sectores de actividad y profesionales los hombres cobran más que las mujeres, bien a través de complementos que solo cobran ellos o como consecuencia de que no se reconoce un trabajo de igual valor.
- V. Representación política: A pesar de que las mujeres representan el 52% de la población de la Unión Europea, este dato no se corresponde con su participación en los puestos de importancia social, económica y política.

Estas desigualdades que se comentan están relacionadas con lo que actualmente se conoce como brecha salarial.

Carrasco (1996) extraído de (Ribas), pone de manifiesto el peligro que supone la legitimación de un nuevo modelo en el cual, los hombres trabajan a jornada completa en el mercado de trabajo, mientras las mujeres reparten su tiempo entre el trabajo doméstico y un trabajo asalariado a jornada parcial.

Los contratos a jornada parcial (que corresponden en su mayoría a mujeres) generalmente se corresponden con un trabajo precario, con menores beneficios sociales, sin responsabilidades, sin posibilidades de promoción, con horarios nocturnos de tarde o fines de semanas, creados y ofrecidos a mujeres. (Ribas).

En el mismo sentido, Elvira (1996) extraído de (Ribas) comenta que frente a la posibilidad que supone el trabajo a tiempo parcial para la integración profesional de las mujeres que no puede trabajar a tiempo completo, también puede ser una forma de mantener alejadas a estas de la vida profesional a través de la infracualificación, los salarios bajos y la inseguridad. Según la autora, los trabajos a tiempo parcial se convierten en una forma de discriminación cuando son las únicas opciones que se les ofrecen a las mujeres, y tiene a reforzar la división sexual del trabajo hacia un modelo de empleo masculino a tiempo completo y de empleo femenino a tiempo parcial más el trabajo doméstico.

En cuanto a la ocupación, según la Encuesta de Población Activa en el tercer trimestre de 2007 creció más entre los varones (81.900 más que en el trimestre anterior), que entre las mujeres (61.300), sin embargo, desde 1996, la población ocupada creció un 53,1%, el 39,1% en el caso de los hombres y un poco más del doble de este porcentaje, el 79,3% en el caso de las mujeres.

En el siguiente cuadro se recogen las ocupaciones con mayor proporción de mujeres. Estas ocupaciones corresponden fundamentalmente al sector servicios, mientras que las más masculinas se corresponden, sobre todo, con actividades desarrolladas en la industria y en la construcción. Sin embargo, en el caso de las mujeres, las ocupaciones responden a los estereotipos sociales que atribuyen a estas cualidades como la delicadeza y la destreza manual.

Puesto	% Mujeres
Empleadas domésticas y otro personal de limpieza de interior de edificios	92,7%
Trabajadoras en servicios personales	85,0%
Profesiones asociadas a titulación 1er ciclo en ciencias naturales y sanidad y asimiladas, excepto ópticos y fisioterapeutas	83,2%
Auxiliares administrativas (con tareas de atención al público) no clasificadas anteriormente	76,3%
Profesiones asociadas a titulación 1er ciclo en enseñanza	75,7%
Empleadas administrativas, en trato directo con el público en agencias de viajes, recepcionistas y telefonistas	74,6%
Auxiliares administrativas (sin tareas de atención al público) no clasificadas anteriormente	71,1%
Cajeras, taquilleras y otras asimiladas en trato directo con el público	70,9%
Dependientes de comercio y asimiladas	69,9%

Fuente: INE, EPA. Elaboración propia a través del documento de (Cebrian & Moreno, 2007)

Otra de las ocupaciones que más mano de obra femenina absorbe es la de trabajos de servicios de restauración y personales, que suponían para las mujeres en el tercer trimestre de 2007 un 15% de total de las ocupadas frente al 4,4% de los varones. El sector de la hostelería (cocineras, camareras, limpiadoras de establecimientos hoteleros...) se caracteriza por ser un sector cíclico, temporal y con unas condiciones laborales precarias (jornadas, horarios, salarios...) y donde la tasa de ocupación de las mujeres era del 6,5% frente al 3,4% de los hombres.

III.3 Economía Sumergida.

Para poder evaluar la magnitud de la economía sumergida y su impacto en la recaudación impositiva, es preciso realizar un análisis sobre el concepto que denominamos economía sumergida.

La comisión europea extraído de (Bizkaia, 2017) se refiere a la economía sumergida

“como aquella actividad remunerada que, siendo legal en cuanto a su naturaleza, no es declarada a las Autoridades Públicas”.

Una vez hecha la aproximación al concepto, es importante destacar como la economía sumergida no es un término actual, sino que a lo largo de la historia ha estado presente, aunque sin ser conocido. El trabajo sumergido tradicional, se ubicaba en las zonas donde se desarrollaba el monocultivo industrial o en la agricultura latifundista. En esta última, los afectados eran los trabajadores asalariados, que generalmente, eran eventuales, siendo contratados ilegalmente en diversas fases de la producción. (Lobo, 1989).

El trabajo sumergido tradicional tenía el poyo fundamental en el papel social encuadrado por la familia: la mujer realizaba trabajo no declarado a domicilio para las empresas textiles, por ejemplo, al tiempo que realizaba las tareas típicas del hogar. Los pequeños artesanos o empresarios encontraban gran parte de su fuerza de trabajo sumergida en la familia directa o en los parientes. De igual forma, la familia y la mujer constituían el gran volumen de trabajo irregular en los servicios, en los que se encuentran: los servicios domésticos no declarados, las ayudas familiares no declaradas en los comercios y la hostelería. (Lobo, 1989)

El bajo coste de esta mano de obra, así como la situación económica y cultural de gran disponibilidad, junto al escaso control social y estatal sobre las empresas, parecen ser los factores determinantes del fenómeno antes de los años sesenta. (Lobo, 1989).

En los años setenta, varios economistas coinciden en que, aunque el trabajo sumergido no nace en España a consecuencia de la crisis económica que se vivió, esta tiene un papel importante en su desarrollo. Por otro lado, están los factores que subrayan el punto de vista de las empresas; aquí se puso el acento sobre la presunta excesiva rigidez del mercado de trabajo heredado del franquismo, que no permitía hacer frente a la competencia internacional, refiriéndose tanto al coste de la mano de obra como al excesivo peso de la fiscalidad sobre las empresas. (Lobo, 1989).

Hay un fenómeno que tiene lugar en los años setenta y primeros ochenta, tratándose de la reestructuración productiva que comporta un enorme proceso de descentralización y acentúa de manera importante la segmentación del mercado de trabajo, dicha segmentación crea multitud de puestos de trabajo precarios y legalmente desprotegidos que encuentran en las mujeres una fuerza de trabajo “adecuada”, en los jóvenes que no encuentran empleo y en los jubilados que no pueden vivir de unas pensiones excesivamente bajas, llevando todo esto a un incremento del trabajo irregular. La novedad de estos años es que el trabajo irregular se realiza de forma organizada, es decir, se extiende a los trabajadores dependiente en forma de empleos sin contrato, horas extraordinarias no declaradas y por lo general, las condiciones laborales de estas personas, se encontraba en la parte más baja de la escala, donde destacaban los bajos salarios, las largas jornadas y la poca seguridad e higiene. (Lobo, 1989)

Una vez adentrados en los años ochenta, aparecen nuevas formas de contratación: contratos en formación, en prácticas, a tiempo parcial y, sobre todo, eventuales. Estas nuevas formas de contratación no necesariamente eliminan el trabajo estrictamente sumergido. La facilidad con la que se puede contratar y despedir, significa que las empresas tienen la posibilidad de reemplazar su antiguo trabajo irregular por trabajo precario. Pero el problema de la contratación irregular no se solucionó, lo que ocurría es que estos

trabajadores inestables podían ser contratados por un periodo breve, trabajar luego sumergidamente durante otro y volver nuevamente al trabajo regular, pero en forma de inestable. (Lobo, 1989).

En 1985, el Ministerio de Economía y Hacienda llevó a cabo un importante sondeo (a través de una muestra de 65.000 personas) que clasificó a los ocupados en regulares e irregulares, según fuera su correcta o no su relación con el sistema de Seguridad Social. Poniendo de manifiesto que el 22% del trabajo era irregular, pero que la principal incidencia de este se daba en la agricultura (31%), en los servicios (23%) y en la industria (16%). (Lobo, 1989).

Es preciso señalar que aquellos trabajadores que tienen la economía sumergida como sustento principal, se encuentran en una total desprotección social. De hecho, ante una situación de desempleo, si la persona sufre cualquier enfermedad ya sea leve o grave o en caso de accidente laboral, se carece de cualquier derecho. (Bizkaia, 2017).

Haciendo una comparación entre sexos, la situación de la mujer respecto al hombre en el mercado de trabajo sigue siendo de clara desigualdad. Àngels Martínez i Castells y Annalí Casanueva Artís (2009) extraído de (Bizkaia, 2017, pág. 12), sacaron la siguiente conclusión respecto a la relación entre hombres y mujeres en cuestión de economía sumergida:

“con la crisis crece el numero de mujeres en la economía sumergida, donde suelen trabajar en condiciones de mayor precariedad, recibiendo un salario mucho menor y sin cotizar a la Seguridad Social. Esto es especialmente cierto en el caso del autoempleo de muchas mujeres, o con un lugar de trabajo semiclandestino en pequeñas empresas, muchas de ellas de tipo familiar. Lo que llevo a que la crisis reforzara y agravara la proporción de mujeres que trabajan en la economía sumergida en relación al numero de hombres, de manera que puede hablarse ya de una economía sumergida altamente feminizada”.

La discriminación por razón de genero, es la que hace que el mayor peso de la economía sumergida recaiga sobre las mujeres trabajadoras por razones ligadas a una discriminación de género. Por lo que se puede concluir, que la economía sumergida, es la expresión de una relación entre el trabajo clandestino realizado por las mujeres, y el rol tradicional asignado a las mismas en condición de esposa y madre, entendiéndose por ejemplo como una extensión de las tareas domésticas.

Por último, cabe destacar que existen una serie de medias antifraude fiscal en España, concretamente se han llevado a cabo más de 500 medidas desde el año 2005, que hasta la fecha no presentan buenos resultados, no obstante, se han conseguido aumentar las fuentes de información de la Administración y una mayor coordinación con otros organismos e instituciones. Las propuestas para la lucha contra el fraude fiscal se centran en tres enfoques, el primero de todos sería la reforma del marco regulatorio, fiscal y los objetivos de la Agencia Tributaria. El segundo, aumentar los esfuerzos e investigaciones en sectores cuyos niveles de fraude son mayores y, por último; mejorar la gestión de las deudas tributarias para evitar que se conviertan en incobrables. (Abella, 2017).

Diversos autores proponen medidas para minimizar el impacto de este fenómeno, (Bizkaia, 2017) propone:

- I. Flexibilizar el mercado de trabajo.
- II. Reforzar las medidas de conciliación especialmente en aquellos sectores que tradicionalmente emplean más mujeres.
- III. Desarrollar planes de empresa que faciliten la recuperación de horas.
- IV. Normalizar las formulas que faciliten la conciliación como teletrabajo.

Mientras que (Abella, 2017) enumera una serie de soluciones para evitar el problema de la economía sumergida:

- I. Continuación de las reformas del mercado laboral (uso de los contratos indefinidos y una mayor flexibilidad en la contratación)
- II. Reforzar las figuras del empleo a tiempo parcial y la de aprendiz para reducir el elevado paro juvenil
- III. Disminuir el tan elevado abandono escolar.
- IV. Fomentar el papel de la Formación Profesional como solución al desempleo de los jóvenes.
- V. Mejorar los incentivos para trabajar legalmente en lugar de en la economía que no es declarada.
- VI. Revisar la regulación sobre los salarios mínimos.

Conclusiones

“Doy gracias al destino por ser hombre y no animal, varón y no mujer, por ser griego y no bárbaro”

Diógenes Laercio (I, 31)

Con esta frase del filósofo e historiador Diógenes Laercio (siglo III d.C.) nos muestra la restricción en el concepto de ciudadanía que mostraba la tradición greco-latina, heredada por la judeo-cristiana. En lo que “no es” el ciudadano griego, quedaban englobadas todas las categorías de los seres excluidos que también lo estaban de derechos cívicos: las mujeres, los esclavos y los extranjeros.

La difusión de las ideas ilustradas, así como la constitución de las nuevas sociedades burguesas, desarrollaron un concepto de ciudadanía más universal que sin embargo siguió excluyendo a las mujeres. Jean Jaques Rousseau e Immanuel Kant donde sus discursos relacionados con la mujer se centraron en calificarla como un ser inferior. Con la llegada del siglo XIX se fue consolidando el modelo sociopolítico liberal y aparecieron una serie de filósofos como Hegel, Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche los cuales se sumaron al discurso de los dos pensadores del siglo anterior. Se configuró un modelo de sociedad patriarcal, en que la realidad social de la mujer es observada desde una perspectiva androcéntrica, y es desde esa perspectiva desde donde se le trata de dar soluciones (García González, 2014).

La economía capitalista llevó consigo la sociedad del trabajo asalariado, eliminando el modelo económico del *Oikos* en su significado original del griego antiguo⁵, y expandiéndose el trabajo asalariado. En relación al concepto de trabajo durante el proceso de industrialización del XIX, se relaciona directamente al hombre con las tareas realizadas fuera de casa y a la mujer con aquellas que tenían que ver con el cuidado del hogar y de los hijos (lo que representaba la división sexual del trabajo).

En la medida que las mujeres, sobre todo, de las clases bajas tenían que trabajar, a la vez que resultaba una mano de obra barata, el debate giró en torno a qué ocupaciones eran las más adecuadas para las mujeres, en evidente correlación con la división de funciones que la sociedad asignaba a uno y otro sexo. Además, se desatacaba el carácter subsidiario de la actividad femenina respecto a la masculina, a la vez que se generalizaba el acceso a puestos inferiores al de los hombres, incluidos en aquellos sectores considerados feminizados.

Este trabajo se ha centrado en tres periodos históricos en el que se ha intentado reflejar, aquellos sectores en los que se ocupaban más mujeres, unido a la lucha por la igualdad.

Con la llegada de la industrialización, que en nuestro país se desarrolló muy lentamente y es importante destacar que las mujeres que se incorporaron al trabajo industrial fueron una minoría si se compara con el conjunto de la población. Lo que llevo a que, durante el siglo XIX, el servicio doméstico conociera la época de mayor auge de su historia siendo la ocupación que más empleo ofreció a las mujeres como, por ejemplo, los servicios de nodriza. Una vez finalizado el siglo XIX y adentrados en el XX, un hecho relevante que aconteció fue la introducción de la maquinaria en la agricultura, lo que trajo una reducción de la mano de obra que trabajaba en este sector (siendo la mujer la más perjudicada en este aspecto) lo que llevó una feminización del sector servicios, dichos empleos se caracterizaron por salarios muy bajos y trabajos muy rígidos, por lo que fueron las mujeres las encargadas de llevarlos a cabo. Si bien, con la llegada de las Guerras Mundiales, provocaron la incorporación masiva de las mujeres a los puestos de trabajo que habían

⁵ *Oikos*, en griego antiguo se escribe significa ‘casa’, que comprendía no solo el conjunto de bienes, sino también de personas, incluido esclavos. Constituía una unidad económica y social, en la cual se desarrollaban actividades agrícolas y pecuarias. En este sentido, el *oikos* era la base de la sociedad griega antigua. Este modelo de explotación familiar, dentro del modelo señorial-feudal, se siguió manteniendo hasta la revolución industrial.

dejado los hombres (que posteriormente volverían a ocupar). En relación con el sindicalismo, los primeros sindicatos localizados fueron católicos, aunque solo se centraron en los núcleos urbanos más poblados, pero fue durante la República cuando la sindicalización se aceleró destacando la figura de Teresa Claramunt. Con la llegada del franquismo, a la hora de estudiar el mercado laboral, es importante destacar el despegue del sector textil, donde las mujeres componían más de la mitad de la plantilla de las empresas que lo conformaban (concretamente el 75% en 1968), aunque los puestos como las categorías profesionales estaban perfectamente diferenciados entre hombres y mujeres, percibiendo estas últimas los puestos de categorías más bajas y por ende peor retribuidos. En materia de derechos, el modelo sindical que se instauró durante el régimen consistió en la creación de una estructura vertical como única vía de negociación, desarticulando la mayoría de los grupos clandestinos (únicamente se mantuvo el PCE). En relación con las mujeres y sus reivindicaciones, no hay que olvidar la creación del Movimiento Democrático de las Mujeres; con la intención de politizar a todas ellas y movilizarlas en contra del régimen, enfocándolo de esta manera en tres ámbitos (el solidario, el político y el feminista), con un importante protagonismo de Dulcinea Bellido. Por último, un hecho relevante que ocurrió durante la dictadura fue la configuración del Movimiento de Comisiones Obreras. Tras la muerte de Franco, se consiguió que gran cantidad de mujeres pudieran acceder a la formación educativa, lo que comportó la formación de un nuevo grupo intelectual de mujeres surgiendo la Tercera Ola Feminista. Además, tras la aprobación en 1978 de la Constitución española que trajo consigo la igualdad jurídica de la mujer, en 1980 se aprobó el Estatuto de los trabajadores y en el año 2002 se introduce en nuestro marco legal la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, culminando en 2007 con la aprobación de la Ley Orgánica para la Igualdad Efectiva de Mujeres y Hombres. Pero en la práctica no todo son buenas noticias, el Siglo en el que vivimos se caracteriza por la existencia de discriminación y desigualdad por razón de sexo en el ámbito laboral, sumado a las nuevas formas de contratación (temporales) y las jornadas a tiempo parcial, que generalmente corresponden a trabajos precarios realizados en su mayoría por mujeres. Y para finalizar no hay que olvidar el peso que ha tenido la economía sumergida en nuestro mercado laboral a lo largo de la historia, porque, aunque sea un concepto actual, ha estado presente siempre sin ser conocido y siendo más acentuado en la realización de trabajos irregulares, haciendo que aquellas personas que lo practican se encuentren en un completo desamparo social.

Con el ejemplo del trabajo en las minas, pretendo reflejar a modo de conclusión el resumen que marca los tres periodos.

El trabajo en las minas, fundamentalmente en su interior, ha sido históricamente uno de los sectores considerados propios de los varones. El reglamento de Policía Minera de 1897, en su artículo 33 prohibía entrar y trabajar en el interior de las minas a las mujeres. Lo mismo ocurre con la ley de 13 de marzo de 1900 y el Real Decreto de 25 de enero de 1908, en el que se prohibía el trabajo a las mujeres por razones de seguridad y salud en determinadas actividades consideradas insalubres. Como señala García González (2014), la exclusión se utiliza como mecanismo de protección, “El primer legislador social no hizo sino significar jurídicamente un modelo social de dominación masculina sobre las mujeres.” (García González, 2014, pág.9)

Igualmente, el periodo franquista siguió en la línea anterior, a través del decreto de 26 de julio de 1957 sobre industrias y trabajos prohibidos a mujeres y menores por peligrosos e insalubres. Hay que recordar el anuncio de los años sesenta de una conocida marca de Brandy que decía “La mina como el coñac es cosa de hombres”.

Con la llegada de la democracia no se eliminan de forma automática todas estas trabas. Fue tras una larga batalla judicial de 8 años, cuando la asturiana Concepción Rodríguez Valencia logró ser minera de interior por una sentencia del Tribunal Constitucional, al que pidió amparo. La sentencia de 14 de diciembre de 1992 (STC 229/1992) derogaba las leyes que impedían a las mujeres el acceso al trabajo en el interior de

las minas. Finalmente, la Ley 31/1995, de 8 de noviembre, de Prevención de Riesgos Laborales deroga las prohibiciones establecidas en el decreto de 26 de julio de 1957.

Aun así, en 2006, las mujeres que trabajaban en la empresa minera de Hunosa Asturias eran 186, el 5,5% de la plantilla (3378 empleados), de las que 82 trabajaban en el interior.

De igual, manera en otro de los sectores muy masculinizados, el transporte, el camino es lento. En lo que se refiere al transporte público urbano, hasta el año 1995 no se incorporará la primera mujer como conductora en la empresa TUZSA de transporte de autobuses urbanos. Ese mismo año en Madrid lo haría la tercera mujer. En 2016 La Empresa Municipal de Transporte de Madrid contaba con 186 conductoras el 3,5% de la plantilla, mientras que en la empresa zaragozana AUZSA, el mismo año empleaba a 87 mujeres (7% de la plantilla), de las cuales 70 conductoras.

Bibliografía

- Abella, S. (2017). *La economía sumergida en España: análisis econométrico e impacto recaudatorio*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Aguado, A. (2005). Ciudadanía, mujeres y democracia. *Historia Constitucional* , 11-28.
- Aído, B. (2008). El relato de la igualdad . En R. M. Capel, *Cien años trabajando por la igualdad* (págs. 9-10). Madrid : Fundación Francisco Largo Caballero, UGT.
- Alañón, Á., & Antonio, M. G. (2002). *Estimación del tamaño de la economía sumergida en España: un modelo estructural de variables latentes*. . Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Alfeirán, X. (23 de 03 de 2017). El motín de las cigarreras que obligó a movilizar tropas de infantería . *La voz de Galicia*.
- Amelia, V. (2013). Feminismo y ciudadanía: fundamentos filosóficos . *Conferencia desarrollada en México, en la sede del Instituto Tecnológico y de Estudios superiores* . Monterrey : Cátedra Alfonso Reyes .
- Arriero, F. (2011). *El movimiento democrático de mujeres: del antifranquismo a la movilización vecinal y feminista*. . Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares .
- Barba, V. (2014). *La mujer en el mercado de trabajo y la discriminación indirecta: Análisis de los sectores feminizados y masculinizados*. . Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Bizkaia, D. F. (2017). *El trabajo invisible: la feminización de la economía sumergida*. Bizkaia .
- Boderías, C. (2007). Intruducción: Instituciones y género en la formación de los mercados de trabajo . En C. Borderías, *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea* (pág. 9). Barcelona: Icaria.
- Bolaños, A. (17 de 03 de 2019). ¿Qué es la brecha salarial? Lo que cuenta, y lo que no cuenta, de la discriminación . *El País* .
- Bosh, M. I. (2007). Las mujeres que lucharon solas: Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán . En P. Folguera, *El feminismo en España* (págs. 45-81). Madrid: Pablo Iglesias .
- Calbet, M. T. (2007). El surgimiento del movimiento feminista, 1900-1930. En P. Folguera, *El Feminismo en España* (págs. 81-89). Madrid: Pablo Iglesias.
- Calderón, F. (2005). La mujer en la obra de Jean Jacques Rousseau. *Revista de Filosofía*, 30 (1), 165-177.
- Capel, R. M. (2008). *Cien años trabajando por la igualdad*. Madrid: Fundación Francisco Largo Caballero.
- Capel, R. M. (2008). Mujer y Trabajo: entre la permanencia y el cambio . En R. M. Capel, *Cien años trabajando por la igualdad* (págs. 31-51). Madrid : Fundación Francisco Largo Caballero, UGT.
- Carmona, Á. S. (2006). No todo fue igual: cambio en las relaciones laborales, trabajo y nivel de vida de los españoles, 1958-1975, Pasado y Memoria. *Historia Contemporánea*(5), 15-43.
- Carrasco, L. P. (2000). *Lucha por los derechos de la mujer y cambio legislativo en el régimen franquista*.
- Cebrian, I., & Moreno, G. (2007). *La situación de las mujeres en el mercado de trabajo español. Desajustes y retos*. Madrid.
- Cruz, J., & B. Z. (2004). *La mujer en la España actual ¿Evolución o involución?* Barcelona: Icaria Editorial.
- Expansión, L. (21 de 06 de 2018). La economía sumergida resta un 23% a la recaudación en España . *La Expansión-Economía* .
- Franco, R. R. (2008). Mujer y sociedad durante el franquismo . En R. M. Capel, *Cien años trabajando por la igualdad* (págs. 167-180). Madrid: Fundación Francisco Largo Caballero.

- González, V. M. (2014). *La mujer en el trabajo durante el franquismo*. Cantabria : Universidad de Cantabria.
- Guerra, M. Á. (2000). *Comentario de la obra La tribuna de Emilia Pardo Bazán*. Obtenido de Portal Solidario:
<https://www.portalsolidario.net/ocio/visu/cliteraria.php?rowid=8800&anecdotas=La%20Tribuna>
- Gómez, A. M. (2007). Feminismo y lucha política durante la II República y guerra civil. En P. Folguera, *El feminismo en España* (págs. 89-123). Madrid: Pablo Iglesias.
- Gómez, G. (s.f.). Hacia una redefinición de la identidad femenina: las primeras décadas del siglo XX. (24), 9-22.
- García González, G (2014), «Los trabajos prohibidos a la mujer en el Real Decreto de 25 de enero de 1908: La exclusión como instrumento de protección», IUSLabor [online], núm2. Recuperado en <https://www.raco.cat/index.php/IUSLabor/article/view/276183/365297>
- Heras, M. Á. (2008). Cambios sociales, empleo y trabajo no remunerado . En R. M. Capel, *Cien años trabajando por la igualdad* (págs. 223-237). Madrid : Fundación Francisco Largo Caballero.
- Herrán, J. M. (2000). «*La Tribuna*», de *Emilia Pardo Bazán*, y un posible modelo real de su protagonista. Obtenido de Biblioteca virtual Miguel de Cervantes:
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-tribuna-de-emilia-pardo-bazn-y-un-posible-modelo-real-de-su-protagonista-0/html/ffbbb510-82b1-11df-acc7-002185ce6064_1.html#l_2_
- Illion, R. (2008). Presencia femenina en la eclosión sindicalista de 1910 -1911 en Zaragoza.
- Instituto Nacional de Estadística* . (2019). Obtenido de Insituto Nacional de Estadística (INE):
<https://www.ine.es/>
- Kant, I. (1986). *Teoría y práctica* . Madrid: Tecnos .
- Lobo, F. M. (1989). El trabajo sumergido en España en la perspectiva del acta única Europea. *Revista de Sociología* , 115-125.
- López, A. F. (2008). Diálogo social y negociación colectiva en perspectiva de género . En R. M. Capel, *Cien años trabajando por la igualdad* (pág. Madrid). Madrid: Fundación Francisco Largo Caballero.
- López, M. O. (2007). "La defensa de las mujeres" en la sociedad del Antiguo Régimen. Las aportaciones del pensamiento ilustrado. En P. Folguera, *El feminismo en España* (págs. 11-44). Madrid: Pablo Iglesias .
- Martínez, A. (2014). *Las nodrizas y su papel en el desarrollo de la sociedad española. Una visión transdisciplinar*. Alicante: Universitat d'Alacant. Universidad de Alicante.
- Martínez, D. A. (2009). Determinación de los salarios de hombres y mujeres en la industria de conservas vegetales, 1939-1975.
- Ministerio de Sanidad, S. s. (2014). Determinantes de la brecha Salarial de Género en España. *Economía Mujer Empresa*.
- Nash, M., & S. T. (1994). *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*. Madrid: Síntesis.
- Nielfa, G. (1999). ¿El siglo de las mujeres? *Cuadernos de Historia Contemporánea*(21), 63-81.
- Nielfa, G. (2003). *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*. Madrid: Complutense.
- Nielfa, G. (2003). Trabajo, legislación y género en la España contemporánea: los orígenes de la legislación laboral . En C. S. Gálvez, *¿Privilegios o eficiencia?: Mujeres y hombres en los mercados de trabajo* (págs. 39-56). Alicante: Universidad de Alicante .

- Pena, M. P. (07 de 03 de 2019). Las 4.000 cigarreras de A Coruña que llevaron a cabo en 1857 la primera huelga de mujeres en Galicia . *El Diario de Galicia* .
- Pérez, L. A. (2005). *Mujer, trabajo y sociedad (1839-1983)* . Madrid: Fundación F. Largo Caballero .
- Puleo, A. H. (1996). Fenismo y política en España. En *Leviatán: Revista de hechos e ideas* núm. 63 (págs. 49-62)
- Quer, A. A. (2012). *Unidad, totalidad y jerarquía: continuidades y rupturas en la teoría y la praxis de la organización sindical española (1939-1969)*.
- Reverter, S. (2011). *La dialéctica feminista de la ciudadanía*. Athenea Digital.
- Ribas, M. A. (s.f.). *Desigualdades de género en el mercado laboral: un problema actual*.
- Rubio, F. (2008). *Marxismo y liberación de la mujer*. Madrid: Décalo.
- Sánchez, N. S., & Martín, R. D. (2007). Los diferenciales salariales por género en España durante el desarrollismo franquista.
- Sánchez, N., Trinidad, A., Recio, C., & Torns, T. (2016). *La brecha salarial y las desigualdades de género en el mercado de trabajo español*.
- Sánchez, P. D. (2008). El trabajo de las mujeres durante la dictadura franquista . En R. M. Capel, *Cien años trabajando por la igualdad* (págs. 167-181). Madrid: Fundación Francisco Largo Caballero .
- Sarasúa, C. (2003). Trabajo y trabajadores en la España del siglo XIX. Barcelona : Universidad Autónoma de Barcelona. En J.M Mates barco & A. González, *Historia económica de España* (págs. 413-434)
- Sardá, A. M. (2007). La réplica de las mujeres al franquismo . En P. Folguera, *El feminismo en España* (págs. 123-157). Madrid: Pablo Iglesias.
- Valcárcel, A. (2008). *Feminismo en el mundo Global* . Madrid : Cátedra.
- Vega, E. d. (1992). *La mujer en la historia*. Anaya .
- Vega, S. M. (2008). La Ley de igualdad y su proyección en el futuro de las mujeres trabajadoras. En R. M. Capel, *Cien años trabajando por la igualdad* (págs. 279-294). Madrid: Fundación Francisco Largo Caballero.
- Wollstonecraft, M. (2018). Vindicación de los derechos de la mujer . En I. Burdiel. Madrid : Cátedra .
- Ysàs, P. (2008). El movimiento obrero durante el franquismo. De la resistencia a la movilización (1940-1975). *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 30, 165-184.